

EL COLOSO DEL ESPACIO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



EL COLOSO DEL ESPACIO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



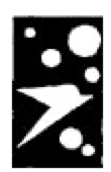
JOSEPH BERNA

EL COLOSO DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 425

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

420— *Los parásitos,* Glenn Parrish.

421— *Rapto en la Galaxia,* Ralph Barby.

422— *Misión «K»,* Clark Carrados.

423— *Carta del futuro,* Curtis Garland.

424— *Una casa en Mane,* Glenn Parrish.

ISBN 84-02 02525-0

Depósito legal: B. 27.406 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1978

Todos los personajes

y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Lyon Kerns se detuvo delante de la enfermería.

Miró a ambos lados del largo y amplio corredor.

Nadie.

Era el momento.

Sin dudarlo un segundo más, Lyon pulsó el timbre.

Volvió a mirar hacia ambos extremos del corredor, como temiendo que de pronto apareciera alguien y le sorprendiera delante de la enfermería.

Y, en efecto, lo temía.

Tendría que dar explicaciones.

Justificar su presencia en aquel lugar.

Y no podría…

De ahí su nerviosismo.

Por fortuna, la puerta se abrió casi en seguida.

Lyon Kerns se coló en la enfermería con sospechosa rapidez.

—Buenas tardes —saludó, con una sonrisa poco natural, a la

chica que le había abierto.

La miró de arriba abajo.

La chica se cubría con una bata de médico.

No importaba.

Aunque se cubriese con un uniforme de bombero, casco incluido, estaría igual de deseable.

Era más bien alta, y su esbelto cuerpo tenía las curvas precisas.

Poseía, además, un rostro precioso.

También su cabello, dorado, sedoso y luminoso, era una preciosidad.

Y cómo olía...

Lyon podía percibir su aroma, pues apenas le separaba medio metro de la chica.

La seductora fragancia de aquella hermosa cabellera rubia le obligó, inconscientemente, a estirar el cuello hacia adelante, para percibirla aún mejor.

—¿Quién es usted? —preguntó la chica, observándola con curiosidad.

—Me llamo Lyon Kerns.

—¿Lyon Kerns...? —repitió ella, como esforzándose por recordar.

—Sí. ¿Le suena mi nombre?

—No, lo siento.

—Es usted Ingrid Ebsen, la nueva doctora, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, es natural que mi nombre, como el de muchos otros de los que trabajamos en este Observatorio, no le diga nada. Poco a poco nos irá conociendo a todos, ya verá.

—Sí, supongo que sí —sonrió la doctora Ebsen.

Y cómo sonrió...

Lyon Kerns quedó hechizado por aquellos labios carnosos y suaves que, al separarse para sonreír de aquel modo tan particular, despertaron en él el irreprimible deseo de besarlos.

Larga y apasionadamente.

El cuello de Lyon se estiró un poco más.

—¿Le ocurre algo, señor Kerns...? —preguntó Ingrid Ebsen.

Lyon dio un respingo y volvió a la realidad.

—¿Qué decía, doctora?

—Que si le ocurre algo...

—Oh, sí, ya lo creo que me ocurre. De otro modo, no estaría aquí. Tengo un problema, doctora.

—¿En el cuello?

Lyon se tocó el gaznate.

—¿Por qué piensa que lo tengo en el cuello?

—Lo estira de un modo raro...

Lyon tosió.

—No, no creo que lo tenga en el cuello.

—¿Dónde, entonces?

—No lo sé, doctora Ebsen.

Ingrid Ebsen se metió las manos en los bolsillos y, pacientemente, preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, señor Kerns?

—No duermo bien por las noches.

—Oh, es eso...

—Sí.

—¿Es usted soltero o casado?

Lyon frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Mucho o nada, depende —sonrió nuevamente la doctora Ebsen, tan encantadoramente como antes.

Lyon volvió a sentir deseos de besarla.

Esta vez, sin embargo, procuró no estirar el cuello.

—¿No quiere responder a mi pregunta, señor Kerns?

—Sí, no me importa. No soy casado.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve. ¿Y usted?

—Soy yo quien hace las preguntas, señor Kerns. Lyon hizo una mueca.

—Malo.

—¿Qué es lo que le parece malo?

—Cuando una mujer no quiere confesar su edad...

—¿Qué? —preguntó Ingrid Ebsen, visiblemente molesta.

—No, nada —carraspeó Lyon.

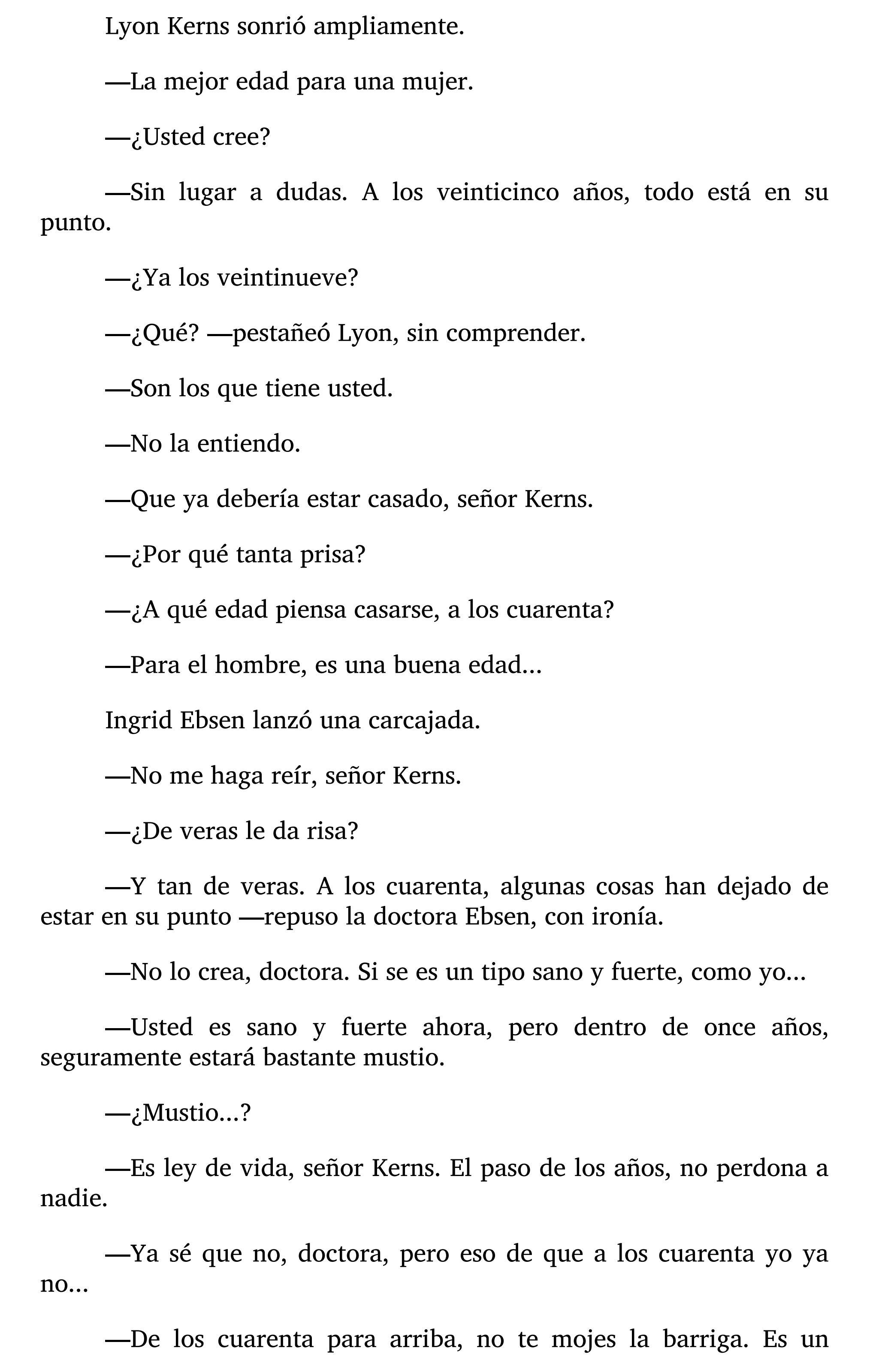
—¿Piensa usted que tengo más de los que aparento, señor Kerns?

—No, por Dios, yo...

—¿Cuántos me hace usted, vamos a ver? —Ingrid Ebsen se cruzó de brazos.

—Veinticuatro.

—Pues tengo veinticinco.



Lyon Kerns sonrió ampliamente.

—La mejor edad para una mujer.

—¿Usted cree?

—Sin lugar a dudas. A los veinticinco años, todo está en su punto.

—¿Ya los veintinueve?

—¿Qué? —pestañeó Lyon, sin comprender.

—Son los que tiene usted.

—No la entiendo.

—Que ya debería estar casado, señor Kerns.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿A qué edad piensa casarse, a los cuarenta?

—Para el hombre, es una buena edad…

Ingrid Ebsen lanzó una carcajada.

—No me haga reír, señor Kerns.

—¿De veras le da risa?

—Y tan de veras. A los cuarenta, algunas cosas han dejado de estar en su punto —repuso la doctora Ebsen, con ironía.

—No lo crea, doctora. Si se es un tipo sano y fuerte, como yo…

—Usted es sano y fuerte ahora, pero dentro de once años, seguramente estará bastante mustio.

—¿Mustio…?

—Es ley de vida, señor Kerns. El paso de los años, no perdona a nadie.

—Ya sé que no, doctora, pero eso de que a los cuarenta yo ya no…

—De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga. Es un

refrán muy antiguo, señor Kerns.

—Pues yo pienso mojármela hasta los setenta por lo menos, ya ve.

—Le enterrarán mucho antes, si no cambia de modo de pensar.

—Oiga, ¿qué clase de médico es usted? —preguntó Lyon, enfadado.

—¿Por qué dice eso?

—Vengo a decirle que no duermo bien por las noches, y usted me pronostica una muerte prematura. ¡Y sin reconocerme siquiera!

Ingrid Ebsen rió.

—Yo no le he pronosticado una muerte prematura, señor Kerns.

—¡Ha dicho usted que me enterrarán mucho antes de los setenta!

—Sólo si se empeña usted en hacer, después de cumplidos los cuarenta, las mismas cosas que hace ahora, a los veintinueve.

—Si físicamente me encuentro bien, ¿por qué no he de hacerlas?

—Porque los años no pasan en balde, ya se lo dije antes.

—Si se tiene un corazón joven, doctora.

—A los cuarenta años se tiene un corazón de cuarenta años. Y a los sesenta, un corazón de sesenta.

—Y a los ochenta, un corazón de ochenta —gruñó Lyon.

—Eso es.

—No estoy de acuerdo, doctora. Mi abuela fue reconocida por un médico a los ochenta y seis años de edad. ¿Y sabe lo que le dijo?

—¿El doctor a su abuela... o su abuela al doctor? —preguntó Ingrid Ebsen, irónica.

—El doctor a mi abuela, naturalmente —masculló Lyon.

—¿Qué le dijo?

—Que tenía un corazón como de cuarenta años.

—¿De veras...?

—Como lo oye.

—Caramba, pues me alegro por su abuela. Eso es muy poco frecuente.

—No se alegre. Falleció.

—¿Ah, sí...?

—¡Pero no murió del corazón, sino del hígado!

—¿Cuántos años dijo ese doctor que tenía el hígado de su abuela?

—Ciento treinta y tantos —rezongó Lyon.

—¿Lo ve?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Que, a esas edades, cuando no falla una cosa, falla otra. Y el cuerpo humano tiene tantas... —suspiró la doctora Ebsen.

—Me sigue pareciendo usted muy pesimista, para ser médico.

—Y usted a mí, demasiado optimista.

—¿Qué le parece si nos dejamos de charla y vamos al asunto? —sugirió Lyon.

—¿Se refiere a su problema nocturno?

—Naturalmente. ¿0 acaso creyó que le estaba haciendo una proposición deshonesta?

—De haber pensado eso, ya le habría dado una bofetada.

—¿Quiere reconocerme o no? —gruñó Lyon.

—Claro que quiero. Es mi obligación, además.

—Muy cierto.

—Pase ahí, quítese la ropa, y tiéndase en la mesa —indicó la

doctora Ebsen, señalando el cuarto de reconocimientos.

—¿Toda la ropa?—preguntó Lyon.

—Puede conservar una prenda.

—¿Un calcetín, por ejemplo.,.? —bromeó Lyon.

—Lo que prefiera —repuso Ingrid Ebsen, sin ponerse nerviosa.

—Ya está decidido, me quedo en calcetín —sonrió Lyon, y pasó al cuarto de reconocimientos.

Mientras Lyon Kerns se desvestía, la doctora Ebsen se acercó al fichero electrónico y tecleó el nombre del paciente.

Escasos segundos después, aparecían en la pantalla todos los datos clínicos pertenecientes a Lyon Kerns.

La doctora Ebsen hubo de admitir que pocas veces había tenido ante sí a un hombre tan sano y tan vigoroso.

Según su historial, jamás había estado enfermo.

Por no tener, no había tenido ni el sarampión.

—¡Doctora Ebsen, que me enfrío!—advirtió Lyon Kerns.

Otra broma.

La temperatura, en la enfermería, era ideal: veinticinco grados.

Nadie puede enfriarse con una temperatura así, aunque sólo lleve encima un reducido «slip».

¿O habría sido capaz Lyon Kerns de quitarse también «eso», y conservar uno de los calcetines...?

Ingrid Ebsen sonrió.

A ella le daba igual.

Había visto cientos de hombres desnudos, y no se pondría nerviosa si veía así a Lyon Kerns, por muy apuesto y atlético que éste fuera.

Porque eso sí, Lyon Kerns era un morenazo de lo más atractivo.

De los que gustan a las mujeres al primer golpe de vista.

Y ella era una mujer…

Pero también era médico.

Y con ojos de médico miraría a Lyon Kerns.

Ya lo miraría con ojos de mujer si se encontraba con él en la cafetería del Observatorio, por ejemplo.

O en el comedor.

O en la sala de recreo.

O en la piscina…

Si, mejor en la piscina.

Así, él podría verla a ella en bikini.

O en monobikini.

Sí, con la pieza de abajo solamente.

Estaban en el año 2015, y desde finales del siglo XX, la mayoría de las mujeres se bañaban con los pechos desnudos, sin que nadie se extrañase por ello.

Resueltamente, Ingrid Ebsen caminó hacia el cuarto de reconocimientos y entró en él.

Lyon Kerns se hallaba tendido en la alargada mesa, las manos bajo la nuca, como si estuviera en su cama esperando que le sirvieran el desayuno.

Una sábana le cubría desde la cintura hasta los tobillos.

Si estaba completamente desnudo o no bajo ella, era por el momento una incógnita.

Pero parecía una incógnita fácil de despejar, si se tenía en cuenta que el pie izquierdo de Lyon Kerns aparecía cubierto por un calcetín, mientras que el otro, el derecho, estaba desnudo.

Sí.

Tal vez no se había quedado en «slip», sino en calcetín, corno él anunciara.

—¿A qué espera, doctora? —apremió Lyon, con una guasona sonrisa en los labios.

Ingrid Ebsen se acercó a él y procedió a auscultarle él pecho con el moderno fonendoscopio.

—¿Oye latir mi corazón, doctora? —preguntó Lyon.

—Naturalmente.

—¿Y cómo me va?

—Late un poco más aprisa de lo norma!.

—Eso me ocurre siempre que tengo cerca a una mujer joven y hermosa,

—Gracias.

—De nada

—Aspire aire —indicó la doctora Ebsen.

—¿Mucho?

—Todo el que pueda.

—A ver si la despeino…

—No diga tonterías.

Lyon llenó sus pulmones de aire.

Ingrid Ebsen se los auscultó, los dos.

—Expulse el aire poco a poco, señor Kerns.

Lyon lo hizo.

— ¿Qué tal mis pulmones, doctora?

—Perfectamente.

—Ya le dije que estoy muy sano.

—Veamos su hígado —dijo la doctora Ebsen, presionando con sus manos en el lugar correspondiente.

—Apriete, apriete todo lo que quiera —sonrió Lyon.

—¿No le duele?

—Al contrario, me causa un gran placer. Tiene usted las manos tan tibias y tan suaves… Ande, deme unos cuantos apretoncitos más.

Ingrid Ebsen le miró seriamente y se irguió.

—Puede vestirse, señor Kerns.

Lyon puso cara de sorpresa.

—¿Ha terminado el reconocimiento, doctora Ebsen…? —preguntó, sin moverse.

—Sí, ha terminado.

—Pero, si apenas…

—No es necesario examinarte más cosas, señor Kerns.

—¿Quiere decir que ya sabe por qué no duermo bien por las noches?

La doctora Ebsen apretó los labios.

—Usted duerme perfectamente, señor Kerns,

Lyon irguió el torso bruscamente.

—¿Que yo…?

—Sí.

Lyon sacudió la cabeza.

—Oh, no, doctora Ebsen, yo le aseguro que…

—¿Me toma por idiota, señor Kerns? —estalló Ingrid Ebsen, los ojos brillantes de furia.

Lyon respingó nerviosamente.

—¿Cómo puede pensar eso?

—Usted ha venido a tomarme el pelo, señor Kerns, pero muy pronto va a lamentarlo. Ahora mismo voy a dar cuenta al director del Observatorio.

Lyon respingó de nuevo, con más fuerza que antes.

—¡Espere, doctora Ebsen!

Ingrid Ebsen no se detuvo, siguió caminando decididamente hacia la puerta

—¡Le diré por qué lo he hecho, doctora!

Ingrid Ebsen se detuvo y se volvió con brusquedad.

—¡Sé por qué lo ha hecho, señor Kerns! ¡Quería burlarse de mí!

—¡Oh. no, le juro que no, doctora! Escúcheme, se lo ruego, y luego, si continúa creyendo que soy merecedor de que se lo cuente usted todo al director del Observatorio, dejaré que lo haga.

La doctora Ebsen vaciló.

—Se lo suplico, doctora… —insistió Lyon, sentado todavía sobre la mesa de reconocimientos.

Si Ingrid Ebsen hubiese accedido o no, quedó sin saberse, pues en el preciso instante en que ella iba a hablar, por el micrófono de la enfermería brotó la recia voz de Raoul Walsh, director del Observatorio:

—¡Atención, atención! ¡Todos los miembros de la escuadrilla Z-81, acudan urgentemente a la pista de despegue! ¡Es una emergencia! ¡Repito, es una emergencia!

CAPÍTULO II

Lyon Kerns apartó la sábana de golpe y saltó de la mesa de reconocimientos, sin importarle la presencia de la doctora Ebsen,

En realidad, no tenía por qué importarle.

Además de un calcetín, había conservado el «slip».

Aunque seguramente hubiera saltado con la misma rapidez de la alargada mesa de no haber conservado más que el calcetín.

El director del Observatorio había dicho que se trataba de una emergencia, y cuando Raoul Walsh decía eso, es que algo grave sucedía.

No había, pues, que perder un solo segundo.

Lyon se enfundó el otro calcetín, la camiseta, el traje —amarillo, de una sola pieza, con franjas azules a lo largo de los brazos y el distintivo de las Fuerzas Aéreas Terrestres bordado en el pecho—, las flexibles botas y el ancho cinturón plateado.

Todo ello en un tiempo récord.

Una vez vestido, tomó por los hombros a Ingrid Ebsen y rogó:

—¡No le diga nada al director del Observatorio, doctora! ¡Espere a que yo vuelva y se lo explique todo!

¿Lo hará?

—Lo haré —asintió ella, visiblemente preocupada por las palabras de Raoul Walsh.

—¡Gracias, doctora! —exclamó Lyon, y la besó fugazmente en los labios. Tan fugazmente, que no tuvo tiempo de averiguar a qué sabían.

Tras el beso, echó a correr.

—¡Oh! ¡Es usted un...! —empezó a decir Ingrid Ebsen, saliendo de su sorpresa.

Lyon Kerns no pudo saber qué clase de epíteto le dedicaba la doctora Ebsen, pues va había salido de la enfermería.

¿Fresco?

¿Caradura?

¿Sinvergüenza?

Algo por el estilo.

Lyon Kerns alcanzó uno de los elevadores y se introdujo en él.

Pulsó el botón correspondiente.

El artefacto mecánico se fue para arriba con vertiginosa rapidez, aunque esto apenas se apreciaba en el interior del mismo.

Escasos segundos después, el elevador se detenía en la terraza del Observatorio.

Una terraza enorme.

Allí se hallaba la pista de despegue.

Lyon salió del elevador y corrió hacia ella.

Fue uno de los primeros en llegar.

Zack Axley, comandante-jefe de la escuadrilla Z-81, ya estaba

allí.

Lyon fue hacia él.

—¿Qué diablos ocurre, comandante...?

Zack Axley, un tipo alto y fornido, de unos treinta y cinco años de edad, explicó brevemente: —¡el radar detectó un objeto volante que se acercaba velozmente a la Tierra! ¡Por su tamaño y características, podría tratarse de una nave extraterrestre!

—¡Diablos! —respingó Lyon.

—¡Lo más extraño de todo, sin embargo, es que, tan súbita como misteriosamente, la señal desapareció del radar!

—¡Demonios!

—¡A tu nave, Lyon, rápido! ¡Vamos a despegar en seguida! ¡Tenemos que dar con esa nave extraterrestre, o lo que sea, e impedir que pueda causar daño a nadie!

—¡A la orden, comandante!

Los miembros de la escuadrilla Z-81 seguían llegando a la pista de despegue, entre ellos, Ronnie Truslow, copiloto de Lyon Kerns, un tipo de unos veinticuatro años, pelo rubio, rostro simpático, de estatura media y ancho de hombros.

—¡Lyon!

—¡De prisa, Ronnie! —indicó Kerns, tirando de él.

Mientras corrían hacia su nave, Truslow inquirió:

—¿Qué demonios pasa, Lyon?

Kerns le dijo lo mismo que Zack Axley le dijera segundos antes a él.

—¡Extraterrestres! —galleó Truslow, respingando cómicamente, aunque sin dejar de correr por la pista.

—¡No es seguro que lo sean, Ronnie!

—¡Te apuesto una botella de vodka a que sí!

—¡Apuesta aceptada!

Piloto y copiloto alcanzaron su nave y subieron rápidamente a bordo.

Las naves que componían la escuadrilla Z-81, seis en total, eran relativamente pequeñas, pero velocísimas y de ágil maniobra.

Su estructura era un prodigio de belleza.

Cara superior curvada, la inferior, plana, cola de tres aletas...

Todas eran de color rojo, muy brillante, y estaban dotadas de los más modernos medios de combate.

Lyon Kerns y Ronnie Truslow ocuparon sus respectivos asientos, frente a los mandos, y se colocaron los cascos.

—¡Abre la radio, Ronnie!

Truslow lo hizo.

Segundos después, llegaba a través de ella la voz de Zack Axley.

—¡Listos para el despegue, muchachos!

Lyon encendió el motor cohete que impulsaba la nave.

—¡Arriba! —indicó Axley.

Lyon accionó la palanca de despegue y la nave se elevó verticalmente, quedando suspendida en el aire durante unos segundos, como las otras cinco naves.

—¡En marcha! —ordenó el comandante-jefe de la escuadrilla Z-81.

Lyon realizó la maniobra oportuna y su nave se lanzó hacia adelante, al igual que las otras cinco.

En correcta formación, la escuadrilla Z 81 partió en busca del objeto volante detectado pocos minutos antes por el poderoso radar del Observatorio, y que tan misteriosamente había dejado de detectar.

El Observatorio, gigantesco, se alzaba en el Monte Hamilton, en el antiguo estado de California, y era uno de los mejores de la Tierra, sin lugar a dudas.

La escuadrilla Z-81 fue ganando rápidamente velocidad, y pronto perdió de vista el Observatorio.

Zack Axley estaba en contacto, por medio de la radio, con Raoul Walsh, director del Observatorio.

—¿Alguna novedad, profesor Walsh? —consultó.

—Ninguna, comandante —respondió Raoul Walsh —. El radar no ha vuelto a detectar el objeto volante.

—¿Puede haber tomado tierra ya?

—Es posible. Si lo ha hecho habrá sido en el desierto del antiguo estado de Nevada. En esa dirección descendía.

—Hacia allí nos dirigimos, profesor.

—Manténgame informado, comandante.

—Descuide, profesor Walsh.

La breve conversación de Zack Axley y Raoul Walsh había sido escuchada por los tripulantes de las otras cinco naves de la escuadrilla.

Ronnie Truslow murmuró:

—¿Cómo serán esos extraterrestres, Lyon?

—No es seguro que se trate de una nave extraterrestre, ya te lo dije antes —repuso Kerns.

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Un meteorito, por ejemplo.

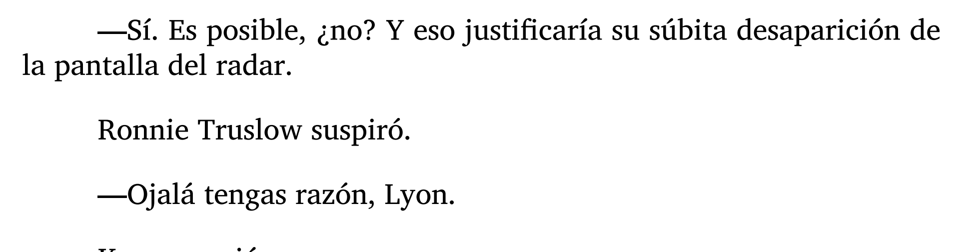
—Meteorito… —rezongó Truslow.

—Suelen caer de vez en cuando, ¿no?

—Sí, pero los meteoritos no desaparecen misteriosamente de las pantallas de radar.

—Este pudo haberse desintegrado en el aire.

—¿Desintegrado? —pestañeó Truslow.



—Sí. Es posible, ¿no? Y eso justificaría su súbita desaparición de la pantalla del radar.

Ronnie Truslow suspiró.

—Ojalá tengas razón, Lyon.

Kerns sonrió.

—¿No te importa perder la apuesta...?

—No, no me importa. Prefiero pagarte una botella de vodka, a vérmelas con seres de otro mundo.

—Alguna vez tendrá que ser, Ronnie.

—Pues, cuanto más tarde, mejor —rezongó Truslow.

La escuadrilla Z-81 divisó el desierto del antiguo estado de Nevada

La voz de Zack Axley se dejó oír de nuevo:

—Atención, muchachos. Con el fin de abarcar una mayor cantidad de superficie, vamos a separarnos. El primero que descubra al objeto volador, que lo comunique inmediatamente. ¡Ah!, y tengo una botella del mejor whisky para él.

—¿Para el objeto volador, comandante...? —bromeó Lyon Kerns.

—¡Para el que primero lo encuentre, diablos!

Lyon rió.

—El comandante es un tipo estupendo, ¿eh, Ronnie? —comentó, con el micrófono cerrado.

—Sí, lo es —asintió Truslow, forzando una sonrisa.

Evidentemente, seguía preocupado.

Lyon también lo estaba, aunque sabía disimularlo mejor.

Tampoco a él le convencía demasiado lo del meteorito que se hubiese desintegrado en el aire.

En el fondo, temía lo que Ronnie: que se tratase de una nave

extraterrestre. Y lo temía porque, si de verdad se trataba de extraterrestres, éstos no debían llevar muy buenas intenciones.

No podían llevarlas unos seres que habían rehuido el diálogo, que habían logrado impedir que el poderoso radar terrestre siguiese detectando la aproximación de su astronave, y que seguramente habían tomado tierra ya, sin autorización previa, en un lugar tan solitario como el gran desierto del antiguo estado de Nevada.

Sí.

Todo muy sospechoso.

Y muy preocupante…

CAPÍTULO III

Las seis naves de la escuadrilla Z-81 ya se habían separado, y sobrevolaban el desierto.

Lyon Kerns y Ronnie Truslow observaban los áridos parajes con mucha atención.

—Lyon. Ronnie. ¿Veis algo?

Era la voz de Zack Axley, comandante-jefe de la escuadrilla.

—Nada por ahora, comandante —respondió Lyon.

—Mantened los ojos bien abiertos.

—Sí, comandante.

Axley fue preguntando, una por una, a las otras naves de su escuadrilla, fuera todas ya de su alcance visual.

Ninguna había descubierto nada.

Cuando consultó a la última, tripulada por Brock Vernon y Gordon Brent, no obtuvo respuesta.

Zack Axley frunció el ceño.

—Brock. Gordon. ¿Por qué no respondéis?

Silencio de nuevo.

Axley miró a Nat Coughran, su copiloto, un joven pelirrojo, de rostro afilado.

—Algo les ha ocurrido, Nat —dijo, gravemente.

—¿Qué puede haberles sucedido, comandante? —murmuró Coughran.

—No lo sé.

—Quizá hayan encontrado la nave extraterrestre…

—Lo hubieran comunicado.

—Suponga… suponga que no han podido.

Zack Axley arrugó más el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Temo… temo que la nave extraterrestre les haya atacado por sorpresa, comandante, sin darles tiempo a nada.

Axley apretó los maxilares.

—Lo averiguaremos, Nat —masculló roncamente. Seguidamente, habló por el micrófono—: Atención, miembros de la escuadrilla Z-81. Brock Vernon y Gordon Brent no responden a mis llamadas. Algo les ha ocurrido. Vamos a dar media vuelta y a dirigirnos todos a ese sector. Y mucho cuidado, muchachos. Es posible que Brock y Gordon hayan sido atacados.

Ronnie Truslow respingó en el asiento.

—¿Has oído eso, Lyon…?

—Sí, lo he oído —rezongó Lyon Kerns, virando en redondo.

—¿Sigues pensando que era un meteorito lo que el radar del Observatorio…?

—No.

—Me temo que vas a tener que pagarme una botella de vodka, Lyon...

—Es posible.

—Me pregunto si viviré para tomarla...

—No digas estupideces, Ronnie —masculló Lyon.

—Brock y Gordon...

—No contestan, pero eso no quiere decir que estén muertos.

—Si no me pareciera macabro, te apostaría otra botella de vodka a que su nave ha sido destruida por los extraterrestres.

—En efecto, es bastante macabro.

—Pero probable, ¿verdad?

Lyon Kerns no respondió.

Ronnie Truslow acarició nerviosamente el disparador del cañón de rayos láser que llevaba la nave acoplado en la parte inferior de su proa.

Sus ojos eran dos faros, y su cabeza, un periscopio.

Temía que la astronave extraterrestre les sorprendiera como a Brock y Gordon, y les mandara al infierno en un abrir y cerrar de ojos.

Pero la nave de otro mundo no apareció.

Las naves de la escuadrilla Z-81 comenzaron a reagruparse.

Zack Axley advirtió que faltaba otra nave, además de la tripulada por Brock Vernon y Gordon Brent.

La pilotada por Eli Nadel y Dave Latham.

Nerviosamente, llamó a través del micrófono:

—¡Eli! ¡Dave! ¿Dónde diablos estáis?

No obtuvo respuesta.

Un sudor frío empezó a bañar el robusto cuerpo del comandante-jefe de la escuadrilla Z-81.

—¡Eli! ¡Dave!—rugió.

El resultado fue el mismo.

Era duro admitirlo, pero la nave de Eli Nadel y Dave Latham había desaparecido también, como la de Brock Vernon y Gordon Brent.

Así lo comprendieron igualmente los restantes miembros de la escuadrilla.

El terror comenzó a apoderarse de algunos de ellos.

Era lógico.

Tenían que enfrentarse a un enemigo desconocido, invisible hasta el momento, que parecía lanzar la piedra y esconder la mano.

Dos de las naves de la escuadrilla habían desaparecido sin dejar el menor rastro, y si ya su desaparición era un hecho extraño, más extraño todavía era que ninguna de ellas hubiese hecho uso de la radio para informar de la clase de enemigo con el que se habían tropezado e iban a hacer frente.

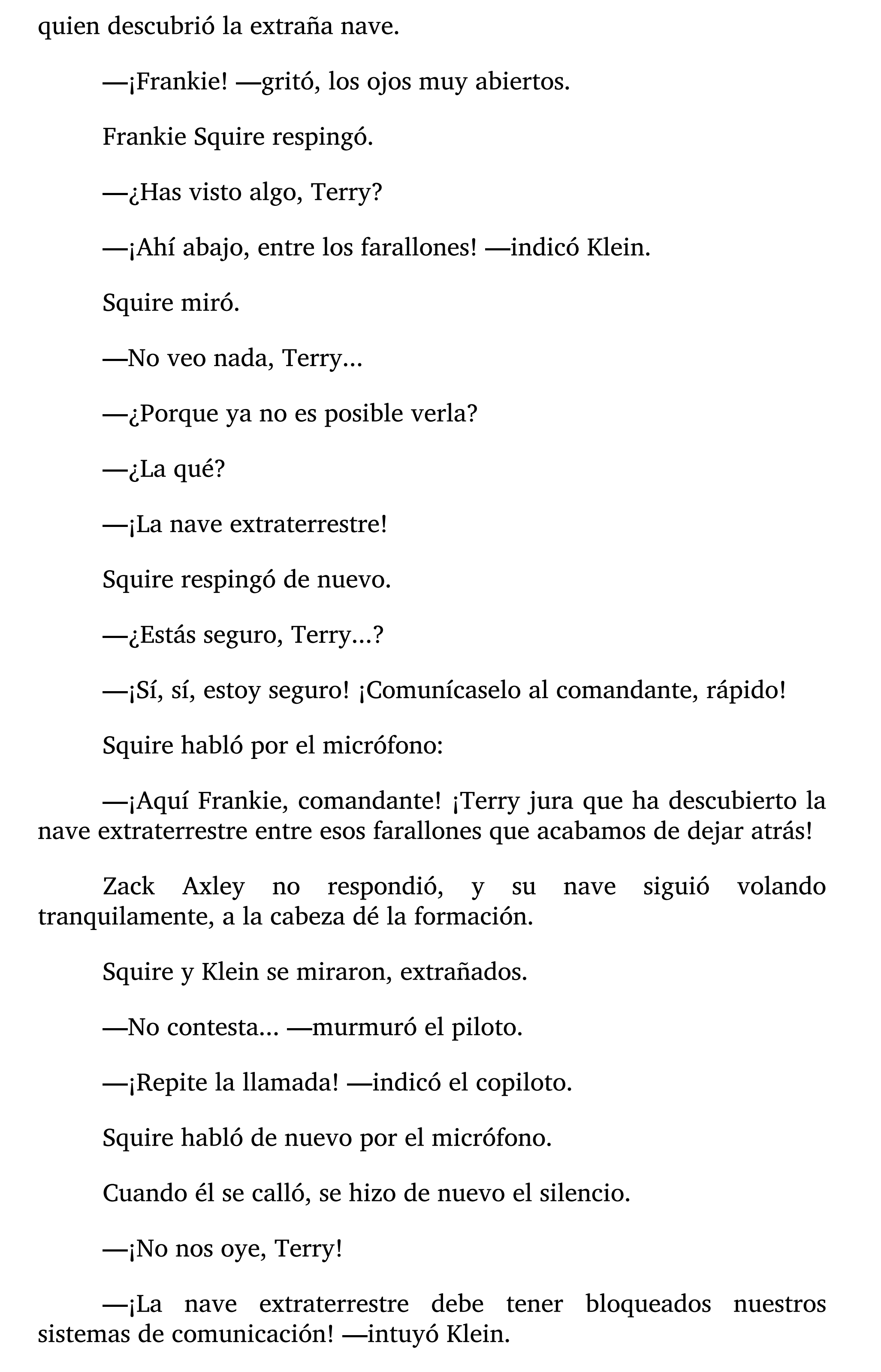
¿Tan inesperado y fulminante habría sido el ataque de la astronave extraterrestre, que ni siquiera les había dado tiempo a abrir la boca...?

Las cuatro naves terrestres siguieron sobrevolando el desierto, muy atentos sus ocho tripulantes a la posible aparición del enemigo de otro mundo.

Repentinamente, al sobrevolar unos enormes farallones, una de las naves, la que volaba en la punta izquierda de la formación, tripulada por Frankie Squire y Terry Klein, descubrió una extraña nave posada en el suelo, no mucho mayor que las que formaban la escuadrilla Z-81.

Su reducido tamaño, unido a la circunstancia de haberse posado entre los gigantescos farallones, hacía que fuera muy fácil pasar por encima de ella sin descubrirla.

Pero Terry Klein, el copiloto, tenía una vista excelente, y él fue



quien descubrió la extraña nave.

—¡Frankie! —gritó, los ojos muy abiertos.

Frankie Squire respingó.

—¿Has visto algo, Terry?

—¡Ahí abajo, entre los farallones! —indicó Klein.

Squire miró.

—No veo nada, Terry...

—¿Porque ya no es posible verla?

—¿La qué?

—¡La nave extraterrestre!

Squire respingó de nuevo.

—¿Estás seguro, Terry...?

—¡Sí, sí, estoy seguro! ¡Comunícaselo al comandante, rápido!

Squire habló por el micrófono:

—¡Aquí Frankie, comandante! ¡Terry jura que ha descubierto la nave extraterrestre entre esos farallones que acabamos de dejar atrás!

Zack Axley no respondió, y su nave siguió volando tranquilamente, a la cabeza dé la formación.

Squire y Klein se miraron, extrañados.

—No contesta... —murmuró el piloto.

—¡Repite la llamada! —indicó el copiloto.

Squire habló de nuevo por el micrófono.

Cuando él se calló, se hizo de nuevo el silencio.

—¡No nos oye, Terry!

—¡La nave extraterrestre debe tener bloqueados nuestros sistemas de comunicación! —intuyó Klein.

—¡Malditos...!

—¡Vira en redondo, Frankie!

—¿Qué...?

—¡El comandante se dará cuenta al instante de nuestra maniobra y, cuando vea que no puede ponerse en comunicación con nosotros, su nave y las otras dos nos seguirán!

—¡Excelente idea, Terry! ¡Nosotros les guiaremos hasta la nave extraterrestre, y, entre todos, les daremos su merecido a esos cerdos!

Frankie Squire realizó una brusca maniobra.

Zack Axley, en efecto, se dio cuenta inmediatamente de que la nave de Frankie y Terry abandonaba la formación.

—¿Qué hacen ésos...? —exclamó.

—¡ Han virado en redondo, comandante! —observó el pelirrojo Nat Coughran.

—¡Deben de haber visto algo!

—¡Seguro!

Axley trató de ponerse en comunicación con Frankie Squire, pero no le fue posible.

Ni con él, ni con Lyon Kerns, ni con la otra nave, pilotada por Ryan Bolder y Archie Clements.

El comandante-jefe de la escuadrilla Z-81 comprendió rápidamente que sus sistemas de comunicación estaban bloqueados y, al igual que Terry Klein, intuyó que debía ser cosa de la astronave extraterrestre, que no debía andar lejos.

Esto último justificaría plenamente el abandono de la formación de la nave de Squire y Klein.

Axley viró en redondo también y siguió a la nave que había abandonado la formación tan bruscamente.

Lo mismo hizo Lyon Kerns, quien, al igual que Ryan Bolder, el piloto de la otra nave, que también dio un giro de ciento ochenta grados, y después de comprobar que la radio no funcionaba, llegó a

las mismas conclusiones que el comandante-jefe de la escuadrilla.

Squire y Klein debían de haber descubierto la nave extraterrestre, y ésta había bloqueado los sistemas de comunicación.

Lo mismo debieron hacer con Brock Vernon y Gordon Brent, primero, y con Eli Nadel y Dave Latham, después.

Por eso éstos no pudieron comunicar que habían descubierto la nave extraterrestre.

—¡Parece que te gané la botella de vodka, Lyon! —dijo Ronnie Truslow.

—¡Me temo que sí, Ronnie!

—¿Podremos con ellos, Lyon?

—¡Seguro! ¡Somos cuatro naves, equipadas con cañones de rayos láser, entre otras «chucherías»!

—Sí, pero todo eso no sirvió de nada a Brock y Gordon, primero, y a Eli y Dave, después... —recordó Truslow, pesimista.

—Ahora contamos con superioridad numérica, Ronnie— puntualizó Lyon, más optimista.

—Esperemos que sirva de algo —rezongó el rubio.

La nave de Squire y Klein, lógicamente, fue la primera en alcanzar los farallones.

—¡Ahí está la nave extraterrestre, Frankie! —gritó Klein.

—¡Duro con ellos, Terry! —indicó Squire.

Terry Klein se dispuso a disparar el cañón de rayos láser.

Desgraciadamente, no llegó a hacerlo.

De la extraña nave de otro mundo brotó un rayo anaranjado que alcanzó de lleno a la nave terrestre, la cual pareció convertirse en una bola de fuego.

Instantes después desaparecía por completo, dejando atónitos a los tripulantes de las otras tres naves terrestres.

La desintegración de la nave de sus compañeros, sin embargo, no amedrentó a los seis hombres.

Ahora ya sabían dónde se ocultaba el enemigo.

No podía seguir escondiendo la mano después de tirar la piedra.

Además, les encorajinó tanto la espantosa muerte de Frankie Squire y Terry Klein, que apretaron los dientes y se lanzaron en picado contra la nave extraterrestre.

La acción podía resultar suicida.

Y casi lo fue.

De la nave extraterrestre brotó un segundo rayo anaranjado, alcanzando la nave de Zack Axley y Nat Coughran, la cual se desintegró en sólo unos segundos.

—¡Dispara, Ronnie! —rugió Lyon Kerns.

Ronnie Truslow accionó el disparador del cañón de rayos láser, justo en el momento en que un tercer rayo color naranja brotaba de la nave extraterrestre y alcanzaba la nave que pilotaban Ryan Bolder y Archie Clements.

Esta comenzó a desintegrarse en el mismo instante en que la extraña y peligrosísima nave extraterrestre resultaba alcanzada por el certero disparo de Ronnie Truslow.

El rayo láser hizo saltar en pedazos a la nave de otro mundo.

Fue el final de la lucha.

Una lucha que estuvieron a punto de ganar los seres que llegaron a la Tierra en aquella maldita nave que Ronnie Truslow acababa de destruir con el cañón de rayos láser.

Por fortuna, no fue así, y Lyon Kerns y Ronnie Truslow, aunque llenos de tristeza y de dolor por la muerte del resto de los miembros de la escuadrilla Z-81, emprendieron el regrese al Observatorio con el consuelo de saber que el poderoso enemigo había sido vencido.

Al menos, eso pensaban ellos.

Desgraciadamente, no era así.

Y muy pronto iba a verse…

CAPÍTULO IV

Raoul Walsh, director del Observatorio de Monte Hamilton, aguardaba impaciente el regreso de Lyon Kerns y Ronnie Truslow, únicos supervivientes de la escuadrilla Z-81.

Ya había sido informado por radio de la dramática lucha que habían sostenido los miembros de la escuadrilla con la extraña nave extraterrestre, y que había costado la vida a diez de ellos, nada menos.

Diez hombres nobles y valientes, que no vacilaron lo más mínimo a la hora de hacer frente a un enemigo desconocido, y que había resultado ser muy peligroso.

Menos mal que Lyon Kerns y Ronnie Truslow habían logrado destruirlo…

Raoul Walsh paseaba nerviosamente por su despacho.

Era un hombre alto y delgado, pero de aspecto fuerte. Había cumplido ya los cuarenta y siete años, y usaba lentes.

El videófono que tenía sobre la semicircular mesa de su despacho emitió un suave zumbido, intermitente.

Era la señal de llamada.

Raoul Walsh se acercó a la mesa y pulsó una tecla roja.

En la pantalla del videófono apareció la imagen de Daisy Green, su secretaria, una rubita de ojos azules y rostro agraciado.

—Profesor Walsh…

—¿Sí, Daisy?

—Lyon Kerns y Ronnie Truslow acaban de llegar.

—¡Que pasen! —indicó Walsh.

—En seguida, profesor.

La agradable imagen de Daisy Green desapareció de la pantalla.

Raoul Walsh pulso otra tecla, de color verde, y pasó al otro lado de la mesa.

La puerta del despacho se abrió automática y silenciosamente, dando paso a lo que quedaba de la escuadrilla Z-81.

Sólo dos hombres

Raoul Walsh sintió un nudo en la garganta, pero realizó un esfuerzo por dominar su emoción y rogó:

—Acérquense, por favor.

Lyon y Ronnie se aproximaron a la mesa.

—Tomen asiento —invitó Walsh.

Lyon y Ronnie se sentaron en dos de los varios sillones que había frente a la mesa, siendo imitados por Raoul Walsh, que se dejó caer en su sillón.

El director del Observatorio los miró a los dos.

—Siento mucho lo ocurrido, muchachos.

—Nosotros también, profesor—repuso Lyon, gravemente—. Axley, Coughran, Vernon, Brent, Squire… Todos eran amigos nuestros; excelentes muchachos y magníficos camaradas. No será fácil

olvidarles.

—Yo siempre los tendré presentes —dijo Ronnie.

Raoul Walsh no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Comprendo su estado de ánimo, pero les aseguro que el mío no es mejor. Yo también apreciaba a esos hombres, de manera especia! a Zack Axley.

—Era un tipo extraordinario —comentó Lyon.

—De lo mejor —añadió Ronnie—. Estar a sus órdenes era un verdadero placer. Dudo que volvamos a tener un jefe como él.

—Confío en que usted, Lyon, llegue a ser tan buen comandante como lo fue Axley.

Lyon Kerns no pudo reprimir un respingo.

—¿Yo, profesor...?

—Sí, Lyon. Usted será el nuevo comandante-jefe de la escuadrilla Z-81, tan pronto como sean cubiertos los puestos que hoy han quedado vacantes y repuestas las cinco naves destruidas. Y eso será muy pronto. Mañana mismo, probablemente.

Lyon miró a Ronnie, anonadado.

Este le sonrió afectuosamente.

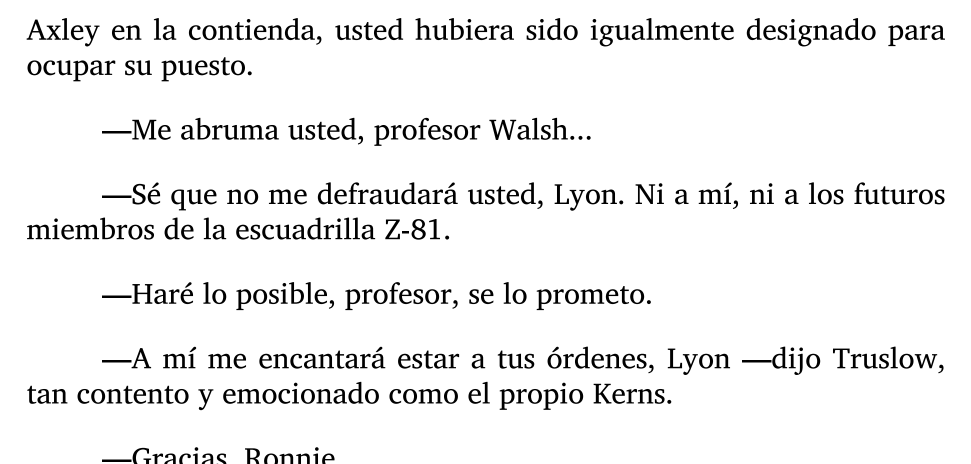
—Enhorabuena, Lyon.

Kerns volvió a mirar al director del Observatorio.

—No sé qué decir, profesor.. —balbuceó, profundamente emocionado.

Raoul Walsh sonrió bondadosamente.

—Zack Axley me comentó varias veces que usted era el mejor piloto de su escuadrilla, amén de otras virtudes que son imprescindibles para comandar una escuadrilla como la Z-81, y que si alguna vez le trasladaban a él a otro lugar, le propondría a usted para ocupar su puesto. No piense, pues, que accede al cargo porque han perecido todos los miembros de la escuadrilla, excepto Ronnie, sino porque es usted la persona indicada. Si sólo hubiera perecido Zack



Axley en la contienda, usted hubiera sido igualmente designado para ocupar su puesto.

—Me abruma usted, profesor Walsh...

—Sé que no me defraudará usted, Lyon. Ni a mí, ni a los futuros miembros de la escuadrilla Z-81.

—Haré lo posible, profesor, se lo prometo.

—A mí me encantará estar a tus órdenes, Lyon —dijo Truslow, tan contento y emocionado como el propio Kerns.

—Gracias, Ronnie.

Raoul Walsh carraspeó ligeramente.

—¿Le importaría describirme de nuevo la nave extraterrestre, Lyon?—rogó.

Kerns lo hizo.

Walsh quedó pensativo.

—¿Le preocupa algo, profesor? —preguntó Lyon.

—El tamaño, Lyon.

—¿El tamaño de la nave extraterrestre?

—Sí.

Lyon y Ronnie cambiaron una mirada, sin comprender nada.

—Esperaba que fuera más grande. Mucho más grande— explicó Walsh—. Por los datos que recogieron los distintos aparatos encargados de ello, en el poco tiempo que el radar detectó su aproximación, tendría que haber sido varias veces mayor.

—Quizá esos datos no eran correctos... —opinó Lyon.

—Sí, es posible —admitió Walsh —. En cualquier caso, mañana por la mañana volverán usted y Ronnie al lugar de la lucha y recogerán algunos de los restes de esa extraña nave, para su análisis y estudios correspondientes. Estoy seguro de que obtendremos datos muy interesantes.

—Muy bien, profesor. ¿Alguna cosa más?

—Es todo, muchachos. Pueden retirarse —indicó Walsh, con una amable sonrisa.

Lyon Kerns y Ronnie Truslow se levantaron y abandonaron el despacho del director del Observatorio.

CAPÍTULO V

El timbre de la enfermería se dejó oír tímidamente. La doctora Ebsen acudió a abrir.

—¡Señor Kerns! —exclamó.

—Hola, doctora Ebsen. ¿Puedo pasar? —preguntó Lyon,

—Adelante.

Lyon penetró en la enfermería.

Ingrid Ebsen cerró la puerta y se quedó junto a ella. Lyon la miró.

—Sabe ya lo ocurrido, ¿verdad?

La doctora asintió con la cabeza.

—La noticia corrió rápidamente —respondió.

—Salimos doce hombres, y sólo regresamos dos...

—Lo siento mucho, Lyon. Señor Kerns, quise decir —rectificó rápidamente Ingrid Ebsen, al darse cuenta de que había llamado por su nombre al miembro de la escuadrilla Z-81.

Kerns sonrió suavemente.

—Prefiero que me llame Lyon.

—¿No le parece demasiado familiar?

—¿Por qué? Todos me llaman así. Incluido el director del Observatorio A propósito del director... ¿Le contó usted que yo...?

—Todavía no.

—Gracias, doctora.

—¿Por qué lo hizo, Lyon?

—¿El qué?

—Dijo que no dormía bien por las noches, y no era cierto.

Lyon carraspeó.

—No, no era cierto, doctora Ebsen. La verdad es que yo por las noches duermo como un tronco.

—¿Por qué me mintió?

—Tenía que justificar de algún modo mi venida a la enfermería, y se me ocurrió eso, decir que no dormía bien por las noches.

—¿Por qué vino a la enfermería?

Lyon levantó la mirada y sonrió.

—No me ha entendido usted, doctora. Yo quería conocerla a usted.

—¿A mí...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Los compañeros no paraban de hablar de la nueva doctora, y yo no tuve paciencia para esperar a encontrármela por ahí casualmente. Quería saber si era cierto lo que decían mis compañeros.

—¿Y qué decían sus compañeros?

—Que era usted guapísima, entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Ingrid Ebsen, reprimiendo una sonrisa.

Lyon carraspeó de nuevo.

—Bueno, decían también que tenía usted un cuerpo maravilloso, con los relieves precisos, y... En fin, lo que suelen decir los hombres cuando hablan de una mujer que les ha impresionado por su belleza y perfección de formas. Ya sabe usted...

Los ojos de Ingrid Ebsen brillaron de un modo especial.

—¿También le impresioné a usted, Lyon?

—Mucho —confesó Kerns.

—Sinceramente, creo que no es para tanto.

—No sea modesta Usted mejor que nadie sabe que posee un cuerpo espléndido. ¿O es que no se mira nunca al espejo cuando sale de la ducha?

—A veces —sonrió Ingrid.

—Su espejo tiene mucha suerte.

—No sea atrevido

—Soy sincero.

—Un caradura, eso es lo que es usted.

—¿Lo dice por lo de antes?

—Claro.

—Ya le he explicado por qué lo hice.

—Sí, ya me lo ha explicado,

—¿Le hablará de ello al profesor Walsh?

—Debería hacerlo.

—Le ruego que no lo haga, doctora. No hubo mala intención por mi parte, usted lo sabe. En ningún momento le falté al respeto.

—Me besó usted, Lyon —recordó Ingrid.

Kerns tosió.

—Eso fue después, doctora. Era un modo de agradecerle su promesa de que no diría nada al director del Observatorio hasta que yo volviera y se lo explicara todo.

—Un modo de agradecimiento muy descarado, ¿no le parece?

—Si fue un beso visto y no visto, doctora...

—Pero beso, al fin y al cabo.

—¿Es que va usted a darle importancia a un simple beso, en el año 201.5?

—¿Por qué no?

—Estamos todos muy adelantados, doctora.

—Especialmente usted, por lo que veo.

Lyon sonrió.

—No se enfade conmigo, doctora Ebsen. Quiero que seamos amigos.

—Podemos serlo, siempre que usted se comporte correctamente.

—Seré el tipo más correcto del Observatorio, se lo prometo.

—Entonces, seremos amigos —sonrió cautivadoramente Ingrid Ebsen.

—¿Olvidado el incidente de antes, pues...?

—Olvidado.

—No sabe cuánto se lo agradezco, doctora. El profesor Walsh acaba de nombrarme comandante-jefe de la nueva escuadrilla Z-81, y

si usted le contara lo que hice, tal vez...

Ingrid pestañeó.

—¿Comandante-jefe, usted...?

—¿Le sorprende?

—Enormemente, sí.

—¿No me cree capacitado para el cargo?

—Oh, no, no es eso.

—¿Qué es, entonces?

—Bueno, verá, es que me resulta chocante que todo un comandante-jefe de escuadrilla juegue a hacerse el enfermo con una doctora...

—Entonces no era más que un simple piloto —sonrió Lyon.

—Pero hace tan poco de eso... Y el carácter de las personas no cambia tan fácilmente, Lyon.

—Ya no jugaré más a hacerme el enfermo con usted, doctora. Hay juegos más interesantes.

—¿Como por ejemplo...? —preguntó Ingrid Ebsen, mordisqueándose sensualmente el labio inferior.

Lyon sintió un cosquilleo en la sangre.

—Me están entrando ganas de cometer una incorrección, doctora.

—¿Qué clase de incorrección?

—Siento deseos de besarla.

—Ya me besó una vez.

—Aquello no fue un beso de verdad.

—Pues de mentirijillas tampoco fue, porque yo sentí sus labios sobre los míos.

—Yo no tuve tiempo de sentir nada. Y estoy seguro de que

puedo sentir muchas cosas, si la beso con tranquilidad.

—No sentirá ninguna, porque no voy a dejar que me bese.

—Creí que íbamos a ser amigos, doctora...

—¿Qué pretende decirme con eso?

—Que no tiene ninguna importancia que dos amigos se besen, si lo desean...

—Usted lo ha dicho, si lo desean. Y yo no lo deseo.

—No puedo creerlo.

—No sea vanidoso, Lyon.

—No es vanidad, se lo aseguro. Hay algo en su mirada que me dice que no le desagradaría que yo la tomase entre mis brazos y la besase con pasión.

—Y un jamón.

—¿Cómo?

—Que en mi mirada no hay nada, hombre.

—Sí que lo hay, créame —insistió Lyon.

—Imaginaciones suyas.

—¿Quiere que hagamos la prueba?

—Lo que quiero es que se marche.

—¿Tiene miedo de admitir que le gusto?

—¿Cómo me va a gustar, si acabo de conocerle?

—También yo acabo de conocerla a usted, doctora, y hay que ver lo que me gusta ya.

—De piel para afuera.

—Y de piel para adentro, también, se lo aseguro.6c6

—Ande, lárguese de una vez.

—No puedo irme con esta terrible duda.

—¿Qué duda?

—La de si le gusto o no le gusto.

—Me temo que no va a tener más remedio, Lyon.

—Qué dura es usted, doctora Ebsen.

—¿Cómo lo sabe, si no me ha tocado? —repuso irónicamente Ingrid.

Lyon se atrevió a ponerle las manos en las caderas.

—Doctora...

—Suélteme, Lyon —ordenó ella.

—Sólo quiero darle un beso.

—Y dale con el beso.

—Se lo doy y me voy, ¿vale?

—Con la mejilla roja como un tomate.

—¿Me amenaza con darme un bofetada...?

—Sí. Y es una amenaza que estoy dispuesta a cumplir.

—¿Aunque le guste cómo la beso?

—Aunque me derrita de placer.

—No tendría sentido.

—Pero tendría sonido. «¡Plaf!», así sonaría.

Lyon sonrió.

—No puedo creer que esté hablando en serio, doctora

—Pues más le vale creerlo, porque le aseguro que no bromeo.

—Me arriesgaré —dijo Lyon, y la besó en los labios.

Larga y apretadamente.

Como había querido besarla desde que quedara hechizado por aquel par de labios suaves y carnosos.

Unos labios que aún estaban mejor de sabor que de vista.

Ingrid Ebsen forcejeó, tratando de impedir el beso, pero forcejeó tan débilmente, que más parecía que se estremecía de placer por la intensidad y habilidad de la caricia.

Cuando Lyon retiró su boca, Ingrid levantó furiosamente la mano, con intención de descargarla sobre la curtida mejilla del nuevo comandante-jefe de la escuadrilla Z-81.

Lyon no apartó la cara.

Ni siquiera pestañeó cuando ella dejó caer la mano.

Mano que, sin embargo, no llegó a su destino.

Se quedó a mitad de camino, como si temiera lastimar la mejilla masculina.

Lyon sonrió.

—¿Qué ocurre, doctora? ¿Llegó la amnistía en el último segundo...?

—¡Llegó un cuerno!

—¿A que le gustó mi forma de besar?

—¡No, no me gustó! ¡Y váyase de una maldita vez!

—Sí, ya me voy. Pero no ponga esa cara de enfado, porque yo sé que no está enfadada.

—¡Pues se equivoca usted, porque estoy que muerdo!

—Si eso fuera cierto, me habría soltado la bofetada.

—¡Aún estoy a tiempo, no lo olvide! —advirtió Ingrid, que seguía con la mano en alto.

Lyon se acercó a la puerta.

—La veré mañana, doctora, cuando regrese del desierto —anunció.

Ingrid Ebsen respingó nerviosamente.

—¿Es que va a volver allí…?

—Sí, a recoger parte de los restos de la nave extraterrestre, para su estudio.

La doctora Ebsen, cuyo enfado parecía haber desaparecido de golpe, rogó:

—Lleve mucho cuidado, Lyon.

Kerns sonrió.

—Le agradezco que se preocupe por mí, doctora, aunque no hay motivo para preocuparse.

—¿Usted cree?

—Destruimos la nave extraterrestre, los seres que viajaban en ella ya no pueden hacernos nada, se hicieron pedazos con su nave.

—Lo sé. Sin embargo, tengo el extraño presentimiento de que sigue existiendo peligro en ese lugar.

—Ninguno, se lo aseguro. De todos modos, mantendré los ojos bien abiertos. No quiero que me pase nada ahora que he conocido a la mujer más maravillosa de la Tierra.

—Es usted un adulador, Lyon —sonrió Ingrid, halagada.

—¿Verdad que no estaba enfadada?

—Sí que lo estaba.

—Pero mucho menos de lo que aparentaba, ¿a que sí?

—Es posible.

—Llegaremos a set buenos amigos, ya verá.

—Yo no estoy tan segura.

—Lo dice para hacerme sufrir, y eso está muy feo en usted, pues el deber de los médicos es aliviar los sufrimientos, no causarlos.

—Palabras no le faltan, desde luego.

—Ni hechos tampoco —repuso Lyon, y para demostrarlo, le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó de nuevo como él sabía hacerlo.

Esta vez, Ingrid Ebsen no forcejeó, ni débilmente ni de ninguna otra manera.

Se dejó besar sumisamente.

Y abrazar.

Cuando Lyon la soltó y la miró, Ingrid tenía una dulce expresión en su bello rostro.

—¿Sabe una cosa, doctora?

—¿Qué?

—Me pasaría un día entero besándola y no me cansaría.

—Está usted loco.

—Si alguna vez pierdo la razón, será por usted.

—A galante, desde luego, no le gana nadie. Ni a atrevido tampoco —repuso Ingrid, sujetándole la mano derecha, que se estaba mostrando muy audaz.

Lyon tosió.

—Sólo quería comprobar que usted de «dura» no tiene nada.

—No vaya tan aprisa.

—Tiene razón, todo en la vida requiere un tiempo. Lo que sucede es que yo soy tan impaciente…

—No es necesario que me lo jure.

—Hasta mañana, doctora.

—Adiós.

Lyon besó a Ingrid en la punta de la nariz, le guiñó simpáticamente el ojo, y abandonó la enfermería.

CAPÍTULO VI

Por la mañana, temprano, Lyon Kerns y Ronnie Truslow partieron en su nave hacia el desierto del antiguo estado de Nevada.

El rubio emitió un ligero carraspeo y preguntó:

—¿Ha podido dormir, comandante?

Lyon le miró, el entrecejo fruncido.

—¿Por qué me hablas de usted?

—Bueno, como ahora eres mi superior, pues...

—Déjate de idioteces, Ronnie. Nada ha cambiado entre nosotros. Yo sigo siendo Lyon, y te prohíbo que me llames comandante y me hables de usted, ¿entendido?

Truslow sonrió con amplitud.

—Entendido, Lyon.

—Bien —gruñó Kerns.

—¿Has podido dormir, Lyon?

—Muy poco.

—Lo mismo me ha pasado a mí. No podía dejar de pensar en Axley y los otros.

—Tampoco yo.

—Fue horrible.

—Sí.

—Y extraño.

Lyon miró a su compañero.

—¿Qué es lo que te pareció extraño?

—¿Por qué tuvieron que atacarnos los seres de esa nave? ¿Qué les habíamos hecho nosotros?

—Nada. Sólo descubrir su nave.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Es evidente que esos seres no querían que supiésemos dónde habían aterrizado.

—¿Por qué?

—Eso ya no lo sé, Ronnie. Quizá habían venido a la Tierra con intención de espiar y averiguar cosas sobre nosotros, sin que nosotros nos enterásemos. Al verse descubiertos, nos atacaron. Y, previamente, bloquearon nuestros sistemas de comunicación, para que no pudiéramos informar al Observatorio.

—Muy astutos.

—Y muy peligrosos. Casi se salieron con la suya.

—Cambiando de tema, Lyon... ¿Conoces ya a la nueva doctora?

Kerns vaciló.

—No, aún no me he tropezado con ella —mintió.

—Pues no sabes lo que te pierdes, chico.

—Me parece que exageráis todos un poco.

—Conque exageramos, ¿eh? ¡Cuando la veas te vas a quedar bizco!

Lyon sonrió.

—¿Te quedaste tú así, Ronnie?

—Bizco… y con la boca abierta.

—Será cuestión de pasarse por la enfermería.

—Ya lo he pensado, pero para pasarse por la enfermería hay que estar enfermo o haber sufrido un accidente, y ése no es ni tu caso ni el mío —rezongó Truslow.

—Si quieres, cuando regresemos al Observatorio te arreo un martillazo en la mano. Se te hinchará en seguida y ya tendrás una excusa para acudir a la enfermería.

—Qué ingenioso… ¿Por qué no te arreo el martillazo yo a ti?

Lyon y Ronnie rieron.

Poco después divisaban el desierto.

Lyon dirigió la nave hacia los gigantescos farallones entré los cuales tomara tierra la extraña nave extraterrestre.

Minutos más tarde, sobrevolaban el lugar.

—Atento, Ronnie —dijo Lyon.

—¿Atento a qué? —preguntó el rubio.

—A todo.

Truslow arrugó el entrecejo.

—¿Qué es lo que temes, Lyon?

—Nada en particular, pero nunca se sabe.

—Destruimos la nave extraterrestre, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces…?

—Hombre precavido vale por dos, ya sabes.

—Y gato con guante no caza ratones.

—¿A qué viene eso?

—¿A qué viene lo otro?

—¿Qué tiene de raro que te ruegue que permanezcas atento?

—Mucho, teniendo en cuenta que en este lugar no pasa nada. Todo lo que tenía que pasar, pasó ayer tarde. Y si ya pasó todo lo que tenía que pasar…

—Está bien, si no quieres permanecer atento, sigue distraído.

—¡No es que no quiera, diablos! Lo que pasa es que no me das una razón lógica para permanecer atento.

—Porque no la tengo, Ronnie.

—¿Y si no la tienes por qué demonios…?

—Cierta persona tiene el extraño presentimiento de que sigue existiendo peligro en este lugar.

—¿Qué persona?

—No puedo decirte su nombre.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pues vaya un amigo —masculló Truslow.

—Lo siento, Ronnie, pero no puedo decirte de quién se trata.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Que sólo tratas de asustarme.

—¿Por qué iba a hacer yo una cosa así?

—Eso. ¿Por qué?

—Estás diciendo tonterías, Ronnie.

—Ayer te gané una botella de vodka, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Bien. Te apuesto otra a que entre estos farallones no existe ya ningún peligro. ¿Aceptas?

Lyon sonrió.

—Acepto, Ronnie. Y te aseguro que me encantaría perder de nuevo.

Truslow se frotó las manos.

—¡Vas a tener que pagarme dos botellas, Lyon!

Lyon Kerns hizo descender la nave, hasta que ésta se posó suavemente a unos treinta metros del lugar donde aterrizara la nave extraterrestre, cuyos restos se hallaban esparcidos.

Después de apagar el motor cohete, Lyon indicó:

—Coge tu pistola de rayos ultravioleta, Ronnie.

—¿Para qué?

—Pudiera hacernos falta —respondió Lyon, colocándose al cinto la suya.

—Cuando yo digo que te has propuesto asustarme... —rezongó Truslow, atrapando su pistola de rayos ultravioleta.

—Vamos, Ronnie.

Descendieron los dos de la nave y caminaron hacia el lugar donde se posara la nave extraterrestre, sin prisas, observando a un lado y a otro.

De pronto, Ronnie Truslow se quedó clavado.

—¡Lyon! —gimió.

Kerns se detuvo también.

—¿Qué ocurre, Ronnie?

—¡Allí!

Lyon siguió la dirección del brazo de su compañero.

No pudo evitar un estremecimiento al descubrir la marca que había quedado impresa en el suelo.

Una marca inconfundible.

Era una pisada.

Una pisada de pie humano.

¡Pero qué pie...!

Tres o cuatro veces mayor que el de un hombre terrestre, por lo menos.

Lyon Kerns extrajo su pistola de rayos ultravioleta y la empuñó con firmeza.

—Vamos, Ronnie.

Ronnie Truslow no se movió.

El terror le había paralizado las piernas.

—¡Ronnie! —gritó Lyon, al darse cuenta de ello.

Truslow pegó un brinco.

—¿Sí, Lyon...?

—¡Saca tu arma!

El rubio extrajo la pistola nerviosamente.

—Ya... ya está sacada.

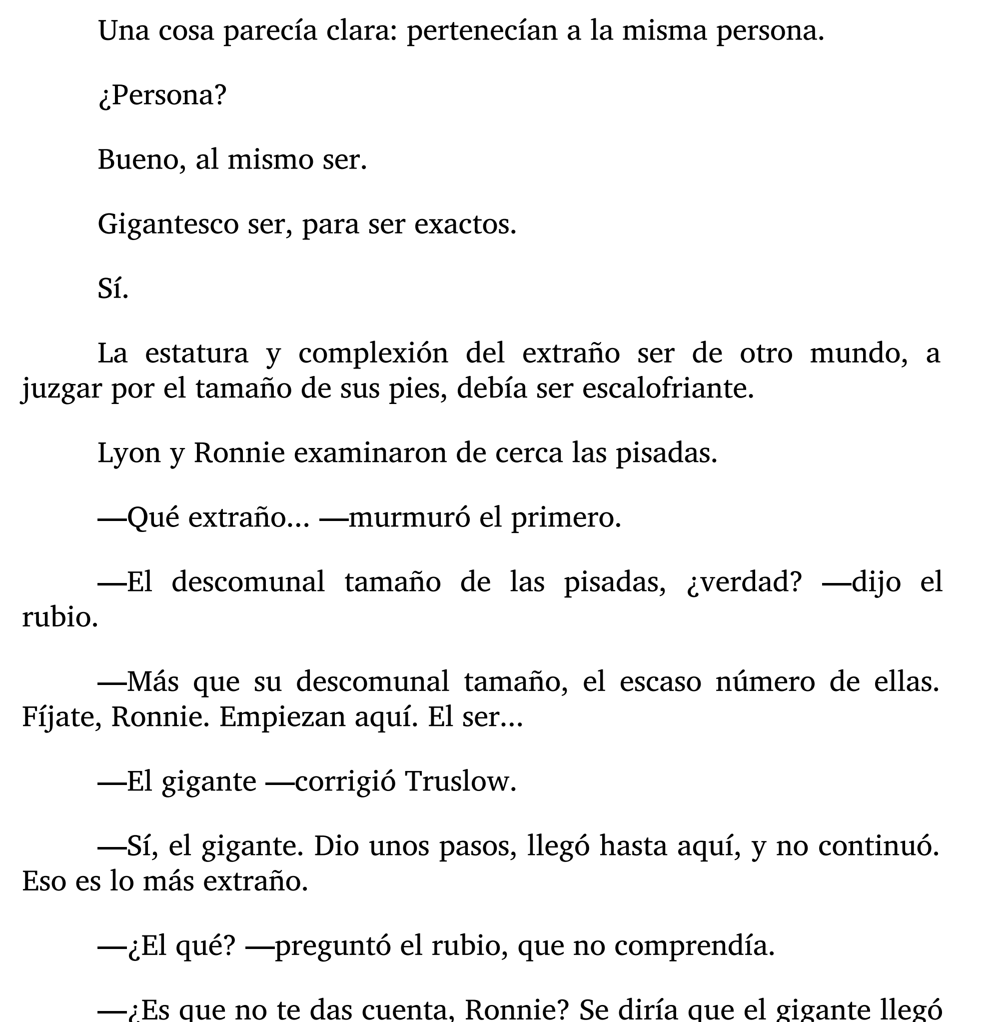
—Sígueme —ordenó Lyon.

—Te sigo.

Echaron a andar los dos hacia la impresionante pisada.

A medida que se acercaban a ella, fueron descubriendo más.

Pero no muchas más.



Una cosa parecía clara: pertenecían a la misma persona.

¿Persona?

Bueno, al mismo ser.

Gigantesco ser, para ser exactos.

Sí.

La estatura y complexión del extraño ser de otro mundo, a juzgar por el tamaño de sus pies, debía ser escalofriante.

Lyon y Ronnie examinaron de cerca las pisadas.

—Qué extraño... —murmuró el primero.

—El descomunal tamaño de las pisadas, ¿verdad? —dijo el rubio.

—Más que su descomunal tamaño, el escaso número de ellas. Fíjate, Ronnie. Empiezan aquí. El ser...

—El gigante —corrigió Truslow.

—Sí, el gigante. Dio unos pasos, llegó hasta aquí, y no continuó. Eso es lo más extraño.

—¿El qué? —preguntó el rubio, que no comprendía.

—¿Es que no te das cuenta, Ronnie? Se diría que el gigante llegó volando, se posó en el suelo, dio unos pasos, y emprendió de nuevo el vuelo. O tiene alas o...

Lo del vuelo y las alas hizo levantar la cabeza a Truslow y mirar hacia el cielo.

Al instante dio un fuerte respingo y chilló:

—¡El gigante, Lyon..!

CAPÍTULO VII

Sí.

Ronnie Truslow acababa de descubrir al gigantesco ser de otro mundo.

Lyon Kerns también lo descubrió, y quedó tan impresionado como su compañero.

Estaba de pie en lo alto de un farallón.

No, no tenía alas.

Pero podía volar.

El extraño artefacto que llevaba a la espalda, una especie de propulsor individual, se lo permitía.

La distancia impedía a Lyon y Ronnie apreciar claramente los rasgos del gigantesco ser, pero no les fue difícil calcular su estatura.

Unos cinco metros, por lo menos.

Y su complexión era acorde con su extraordinaria altura.

Cabeza, pecho, largo y grosor de brazos y piernas...

Todo era tres o cuatro veces mayor que en un hombre terrestre.

Aquel ser era un auténtico coloso.

Su potencia muscular debía ser algo impresionante.

Ronnie Truslow se lo imaginó arrancando árboles como si fueran margaritas.

Y durmiendo rinocerontes a cachetes, como si fueran tiernos cervatillos.

Y cogiendo tigres por el rabo y volteándolos, como si fueran gatos.

De eso y de más era capaz un titán como aquél,

Al rubio se le puso carne de gallina, sólo de pensarlo.

El gigantesco ser, que vestía un ceñido traje espacial, de color azul celeste, muy brillante, calzaba altas botas, *y* se cubría las manazas con unos guantes amarillos que le llegaban hasta los codos, y la cabeza con un enorme y complicado casco, de color rojo vivo, empuñaba una especie de fusil, de boca muy ancha, con el que apuntaba a los terrestres.

Esto último fue lo que hizo reaccionar a Lyon Kerns, quien gritó:

—¡Pongámonos a cubierto, Ronnie! ¡De prisa!

Truslow no se hizo repetir la orden, y, al igual que su compañero, corrió hacia el pie del farallón en cuya cima se hallaba el gigantesco ser.

El coloso del espacio hizo funcionar el extraño fusil, del cual brotó un rayo purpúreo.

El blanco, sin embargo, no eran los dos terrestres, que todavía corrían hacia el pie del farallón, sino la nave de éstos.

El disparo resultó certero y la nave terrestre estalló como si acabara de ser alcanzada por un misil atómico.

Lyon y Ronnie se arrojaron de bruces al suelo, buscando la protección de las numerosas rocas que se agrupaban al pie del

farallón, entre las cuales desaparecieron materialmente.

El rubio asomó cautelosamente la cabeza por el lado de una roca y miró hacia el lugar donde unos segundos antes estaba la nave.

—¡Lyon!... —respingó—. ¡El gigante ha pulverizado nuestra nave!

Kerns miró también hacia allí.

—Sí, la ha hecho papilla —masculló.

—¡Ahora ya no podremos salir de aquí! ¡Estamos atrapados, Lyon!

—Todavía no, Ronnie. Tenemos armas, ¿no? Nos defenderemos con ellas.

—¿Qué podemos hacer con nuestras pistolas de rayos ultravioleta, contra esa especie de cañón que empuña el gigante del espacio? ¡El alcance de su arma es mucho mayor! ¡Además, el gigante puede volar con su aparato, y nosotros no!

—Ronnie...

—¡Mira, hablando de volar! —exclamó Truslow, interrumpiendo a su compañero.

Lyon levantó la cabeza.

Era una imagen impresionante.

El coloso del espacio había puesto en funcionamiento su extraño propulsor, y surcaba los aires espectacularmente.

Parecía dirigirse a la cima del farallón que se alzaba frente al que él ocupara momentos antes.

Lyon Kerns, adivinando que el gigantesco ser lo que pretendía era tenerlos frente a él, para poder pulverizarlos con su poderoso fusil, y que de nada serviría dispararle con las pistolas de rayos ultravioleta, dada la distancia que les separaba —excesiva, para aquel tipo de arma —, gritó:

—¡Ronnie, deja tu casco asomando por detrás de una roca, para que lo veo el gigante, y sígueme! ¡De prisa!

Truslow hizo lo que le decía su compañero, y que éste había hecho ya, *y* se arrastró tras él por entre las rocas.

—¡Procura no levantar la cabeza ni el trasero, Ronnie! —aconsejó Lyon—. ¡Si el gigante nos descubre desde lo alto del farallón, estaremos perdidos!

—¡Yo creo que lo estaremos de todos modos!

—¡Calla y serpentea, maldita sea!

—¡Ya soy una culebra!—repuso Truslow, y siguió arrastrándose con rapidez.

El coloso del espacio alcanzó la cima del farallón.

Buscó con la mirada a los dos terrestres, el fusil presto a ser disparado.

Descubrió los cascos, asomando por entre las rocas.

El gigante, cuya piel era verdosa y aparecía surcada por múltiples venillas rojizas, sonrió cruelmente, mostrando unos dientes sanos y fuertes, capaces de partir no ya nueces, sino cocos.

Sí.

Eran enormes.

El coloso sonreía porque creía conocer la posición exacta de los terrestres.

Apuntó hacia allí con su fusil y accionó el disparador.

El rayo purpúreo alcanzó la roca tras la cual asomaba uno de los cascos terrestres. El de Ronnie Truslow, concretamente.

La roca saltó en pedazos, haciendo saltar también el casco.

El ser de otro mundo frunció el ceño, pues no vio por ninguna parte al terrestre.

Disparó contra la otra roca, la que según él ocultaba al otro terrestre.

Sucedió lo mismo que antes.

La roca saltó hecha añicos, junto con el casco de Lyon Kerns, pero del cuerpo de éste, ni rastro.

El coloso del espacio, furioso, comenzó a disparar frenéticamente contra las rocas más próximas a las dos que él había hecho estallar estruendosamente.

Nuevos estallidos se sucedieron, sin apenas interrupción, y el aire se llenó de piedras de todos los tamaños, que caían velozmente al suelo una vez perdido su impulso.

Era una auténtica lluvia de trozos de roca, capaz de sepultar un cuerpo humano en muy poco tiempo.

Tal vez era esto lo que pretendía el gigante.

Y, no satisfecho con ello, disparó vanas veces contra el farallón, provocando un verdadero alud de tierra y piedras.

Las pulverizadas rocas del pie del farallón quedaron rápidamente cubiertas por todo lo que cayó de arriba, al tiempo que se formaba un gran nubarrón de polvo y envolvía el lugar.

El coloso del espacio dejó de disparar y esperó a que la nube de polvo se disipara.

Sonrió de nuevo al ver cómo había quedado el pie del farallón.

Si los dos terrestres no habían perecido alcanzados por los rayos de su fusil, habrían quedado sepultados vivos bajo aquella gruesa capa de tierra y piedras.

En cualquiera de los casos, aquélla sería su tumba, porque ni vivos ni muertos podrían salir de allí.

Absolutamente convencido de ello, el coloso del espacio puso en funcionamiento su sofisticado propulsor y emprendió el vuelo, alejándose rápidamente del lugar.

CAPÍTULO VIII

La tierra recién caída del farallón se removió débilmente y una mano emergió de ella.

La mano se agitó, separando la tierra que la rodeaba, y un brazo salió a la superficie.

Tras el brazo, emergió un hombro, y casi en seguida, una cabeza.

El hombre que se estaba desenterrando por sí solo se puso a toser con violencia, mientras con la mano que había logrado sacar a la superficie se limpiaba la cara de tierra.

Era Lyon Kerns, aunque todavía no se parecía demasiado a él, por culpa de la tierra que cubría su rostro y su pelo.

Lyon abrió los ojos.

Los tenía llorosos e irritados, por el mismo motivo: la tierra; pero podía ver bastante bien con ellos.

Antes incluso de acabar de desenterrarse, buscó con la mirada a su compañero.

—¡Ronnie!...

El rubio no le respondió.

No se veía por ningún lado.

Debía estar sepultado, como lo había estado él hasta pocos segundos antes.

Lyon se desenterró con la mayor rapidez de que fue capaz y escarbó la tierra a su alrededor.

—¡Ronnie!

No podía estar lejos de él.

El alud de tierra y piedras les había sorprendido casi juntos, bastante alejados ya, afortunadamente, del lugar donde dejaran asomando sus cascos.

De haberles pillado más cerca, él jamás hubiera podido desenterrarse por sus propios medios, y habría muerto asfixiado.

¿Lo estaría Ronnie...?

Este lúgubre pensamiento le hizo redoblar sus esfuerzos por hallar a su compañero cuanto antes.

—¡Ronnie! —gritó de nuevo, apartando la tierra y las piedras frenéticamente.

De pronto, sus manos tropezaron con una bota.

¡Allí estaba Ronnie!

¿Vivo?

¿Muerto?

Lyon escarbó con más fervor si cabe y fue dejando visible el cuerpo inerte de su compañero.

Afortunadamente, Ronnie Truslow estaba sólo desvanecido.

Lyon le limpió la cara de tierra y se la palmeó con fuerza.

—¡Ronnie!... ¡Despierta, Ronnie!...

Truslow comenzó a mover la cabeza, sin despegar los párpados.

Lyon siguió con las palmadas.

El rubio abrió la boca para decir algo, pero sólo escupió tierra.

Lyon lo cogió por los hombros y lo incorporó, pues adivinaba que su compañero iba a empezar a toser, y así le resultaría menos penoso.

En efecto, Ronnie Truslow se puso a toser como una mula acatarrada.

Lyon le palmeó la espalda.

—Tranquilo, muchacho...

La caja torácica del rubio continuó estremeciéndose violentamente, pero, poco a poco, el furioso acceso de tos fue remitiendo, hasta cesar por completo.

Truslow miró entonces a su compañero.

Lo vio borroso, pues tenía agua y tierra en los ojos.

Se los restregó con fuerza, mientras musitaba:

—Lyon...

—¿Te encuentras bien, Ronnie?

—Jamás me sentí peor.

Lyon sonrió.

—Es mejor esto que estar muertos, ¿no?

—No lo sé, nunca he estado muerto —rezongó Truslow.

—Tampoco yo. Pero hemos estado los dos a punto de sufrir esa desagradable experiencia.

—¿Qué ha pasado, Lyon? ¿Nos cayó un farallón encima?

—Medio, por lo menos —respondió Kerns, mirando el farallón que había recibido varios rayos purpúreos.

Truslow miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Dónde está?

—¿Lo que queda del farallón?

—¡El coloso del espacio!

—Oh, nuestro amigo el gigante… Parece que se fue.

—¿Adónde?

—A su nave, supongo.

El rubio puso una cara muy rara.

—¿Has dicho a su nave?

—Sí.

—¡Su nave la destruimos nosotros ayer, Lyon!

Kerns movió la cabeza en sentido negativo.

—Esa no era su nave, Ronnie.

—¿Qué…? —pestañeó Truslow.

—Demasiado pequeña, para el tamaño de ese ser.

—Pero…

—La nave que nosotros destruimos debía estar pilotada por un robot. O dirigida con un mando a distancia por el propio gigante, desde una nave mucho más grande. ¿Recuerdas lo que dijo el profesor Walsh?

—¿Qué dijo el profesor Walsh?

—Que por los datos que recogieron los distintos aparatos encargados de ello, en el poco tiempo que el radar del Observatorio detectó su aproximación a la Tierra, la nave extraterrestre tendría que haber sido varias veces mayor que la nave que nosotros destruimos.

—Sí, ahora lo recuerdo —cabeceó Truslow.

—Los datos recogidos por esos aparatos eran correctos, Ronnie. Y creo saber lo que pasó después, cuando el radar dejó de detectar la aproximación de la nave extraterrestre.

—¿Qué pasó, Lyon?

—Después de burlar al radar del Observatorio, la nave extraterrestre lanzó una pequeña nave, dirigida con un mando a distancia o por un robot, como ya te expliqué antes. Los tripulantes de la nave grande debían sospechar que varias naves terrestres vendrían en su busca, y como desconocían nuestro poder bélico, prefirieron hacernos frente con una nave no tripulada por seres vivos. Y eso fue lo que hicieron, Ronnie.

—¿Y dónde estaba la gran nave extraterrestre, mientras tanto…?

—En el aire, probablemente. A gran altura, para no ser descubierta por nosotros. Quizá fue ella la que bloqueó nuestros sistemas de comunicación. O la nave pequeña, no lo sé.

—¿Seguirá en el aire, Lyon…? —Truslow observó el cielo, limpio y despejado.

—No, no lo creo —respondió Kerns, mirando hacia arriba, también—. Tras el enfrentamiento, y nuestra apurada victoria, la gran nave debió descender y tomar tierra en el desierto, no lejos de este lugar. Sabían que ya no corrían ningún peligro. Nosotros nos fuimos de aquí absolutamente convencidos de que habíamos destruido al enemigo extraterrestre. Hay una cosa, además, que demuestra que la gran nave extraterrestre anda cerca. La presencia aquí, hace unos minutos, de uno de sus tripulantes.

—Nuestro amigo el coloso…

—Sí. Debieron captar por radar la aproximación de nuestra nave, y supusieron que veníamos a este lugar. Nos dejaron llegar y luego mandaron aquí a uno de ellos, con la misión de destruir nuestra nave y acabar con nosotros.

Truslow se rascó la barbilla.

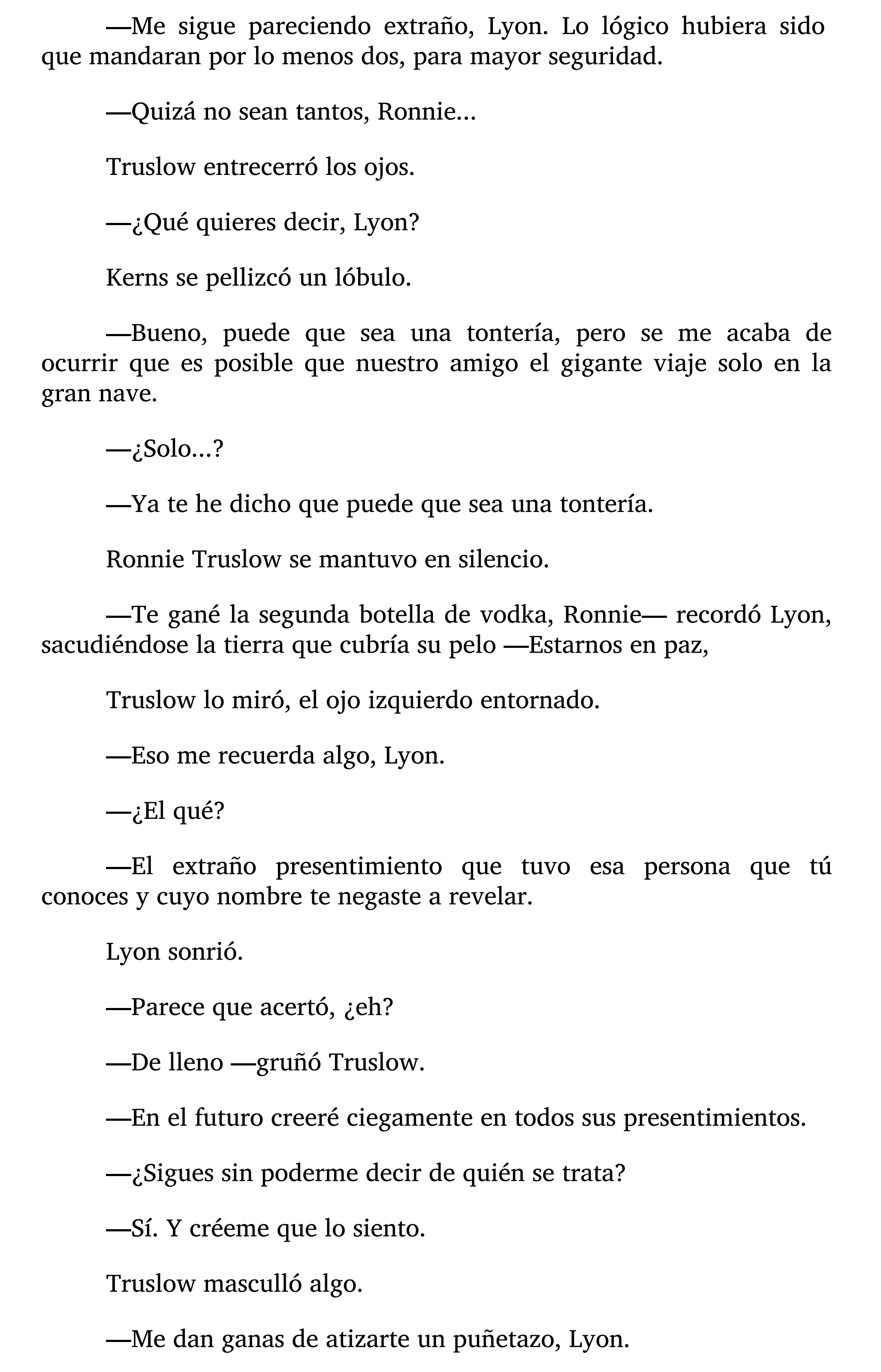
—Encuentro algo raro, Lyon…

—¿El qué?

—¿Por qué mandaron a uno solo de ellos?

—Porque pensarían que sería suficiente, supongo.

El rubio sacudió la cabeza.



—Me sigue pareciendo extraño, Lyon. Lo lógico hubiera sido que mandaran por lo menos dos, para mayor seguridad.

—Quizá no sean tantos, Ronnie...

Truslow entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir, Lyon?

Kerns se pellizcó un lóbulo.

—Bueno, puede que sea una tontería, pero se me acaba de ocurrir que es posible que nuestro amigo el gigante viaje solo en la gran nave.

—¿Solo...?

—Ya te he dicho que puede que sea una tontería.

Ronnie Truslow se mantuvo en silencio.

—Te gané la segunda botella de vodka, Ronnie— recordó Lyon, sacudiéndose la tierra que cubría su pelo —Estarnos en paz,

Truslow lo miró, el ojo izquierdo entornado.

—Eso me recuerda algo, Lyon.

—¿El qué?

—El extraño presentimiento que tuvo esa persona que tú conoces y cuyo nombre te negaste a revelar.

Lyon sonrió.

—Parece que acertó, ¿eh?

—De lleno —gruñó Truslow.

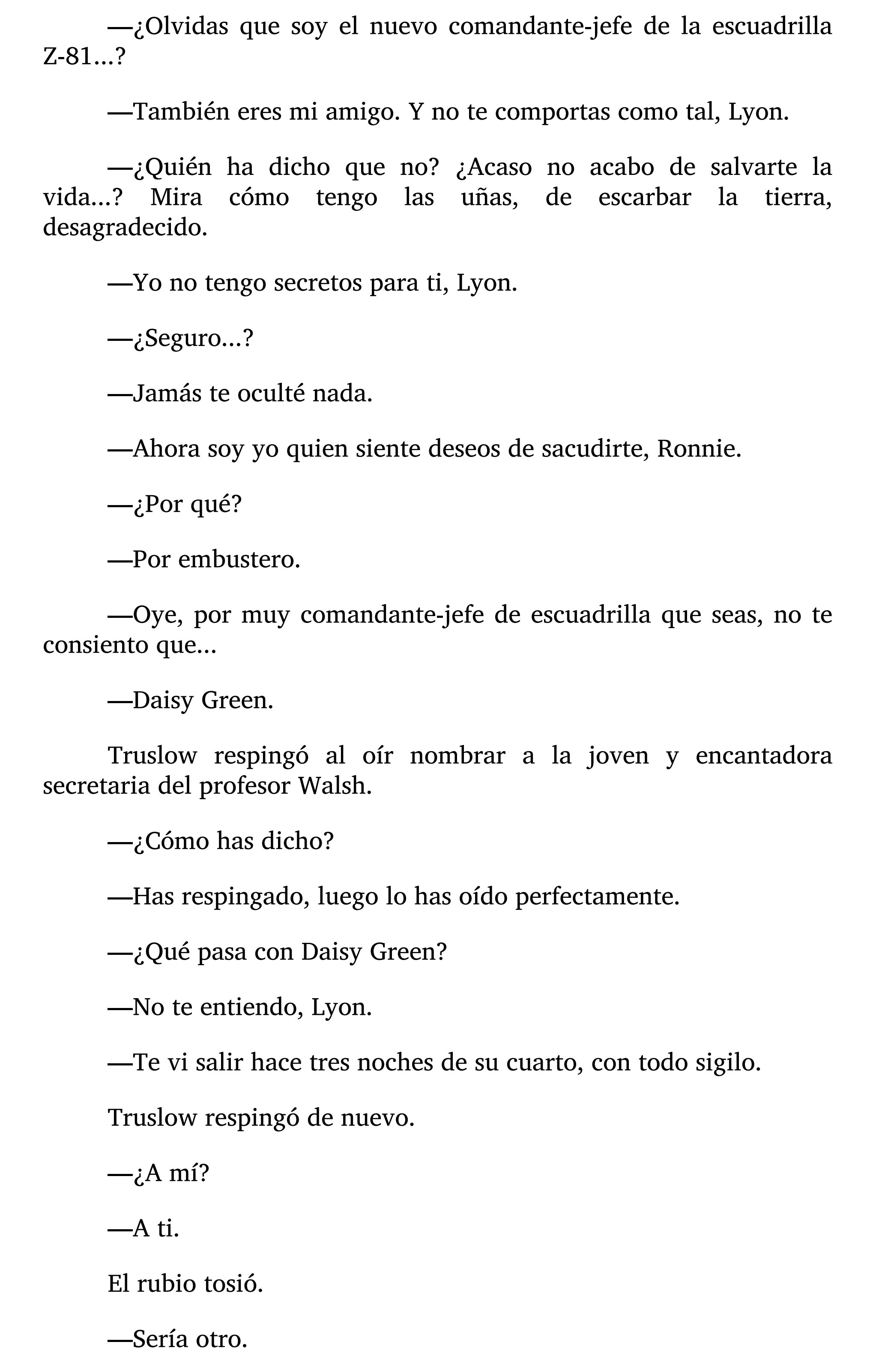
—En el futuro creeré ciegamente en todos sus presentimientos.

—¿Sigues sin poderme decir de quién se trata?

—Sí. Y créeme que lo siento.

Truslow mascullló algo.

—Me dan ganas de atizarte un puñetazo, Lyon.



—¿Olvidas que soy el nuevo comandante-jefe de la escuadrilla Z-81…?

—También eres mi amigo. Y no te comportas como tal, Lyon.

—¿Quién ha dicho que no? ¿Acaso no acabo de salvarte la vida…? Mira cómo tengo las uñas, de escarbar la tierra, desagradecido.

—Yo no tengo secretos para ti, Lyon.

—¿Seguro…?

—Jamás te oculté nada.

—Ahora soy yo quien siente deseos de sacudirte, Ronnie.

—¿Por qué?

—Por embustero.

—Oye, por muy comandante-jefe de escuadrilla que seas, no te consiento que…

—Daisy Green.

Truslow respingó al oír nombrar a la joven y encantadora secretaria del profesor Walsh.

—¿Cómo has dicho?

—Has respingado, luego lo has oído perfectamente.

—¿Qué pasa con Daisy Green?

—No te entiendo, Lyon.

—Te vi salir hace tres noches de su cuarto, con todo sigilo.

Truslow respingó de nuevo.

—¿A mí?

—A ti.

El rubio tosió.

—Sería otro.

—No era otro, eras tú.

Truslow forzó una sonrisa.

—Deberías ir a ver a la doctora Ebsen, Lyon. Tu vista está mal.

—Mi vista está perfectamente.

—Pues yo te aseguro que...

—¿Qué hay entre tú y Daisy?

—Nada.

—¿Por qué mientes? Daisy es una muchacha muy bonita, simpática y educada. ¿Qué tiene de malo que tú y ella...?

—Nada, pero al profesor Walsh no le gustaría —respondió tristemente Truslow, bajando la cabeza.

—¿Es por eso por lo que ambos ocultáis tan celosamente que mantenéis relaciones?

—Sí.

—Qué estupidez.

—¿Tú crees?

—¿Estás enamorado de Daisy, Ronnie?

—Sí.

—¿Sinceramente?

—Sí.

—¿Y ella de ti...?

—También. He sido el primer hombre en su vida.

—¿Pensáis casaros?

Truslow compuso una mueca.

—Ese es el problema.

—No te entiendo.

—Sólo tengo veinticuatro años, Lyon.

—¿Y qué?

—¡Diablos! ¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué?

—¡Soy demasiado joven para casarme!

—No digas majaderías, Ronnie.

—¿Majaderías…? ¡Tú tienes veintinueve, y estás cansado de decir que no tienes ninguna prisa por casarte!

Lyon carraspeó.

—Es distinto, Ronnie.

—¿Por qué es distinto?

—Yo no estoy enamorado, y tú, sí.

—Soy igualmente feliz con Daisy, sin estar casado con ella.

—No me lo creo. Eso de tener que andar escondiéndose, para que nadie descubra que os queréis, no debe ser muy agradable. Especialmente, para Daisy.

Truslow no replico.

—¿Quieres un consejo, Ronnie?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que me vas a decir, que me case con

Daisy.

—Sí, eso iba a aconsejarte. Es lo mejor para los dos, créeme.

—¿Seguirías tú un consejo como ése, si alguien te lo diera?

—Seguro.

—¡Ja! —exclamó Truslow, sarcástico.

—A lo mejor me caso antes que tú, y sin que nadie me lo aconseje.

—Tómale el pelo a tu abuelo, Lyon.

—Ya sabes que falleció.

—Oh, sí, perdona. Había olvidado que tu pobre abuela...

Lyon sonrió.

—No tiene importancia. Pero no bromeaba cuando dije que a lo mejor me caso antes que tú, Ronnie. Creo que he encontrado a la mujer ideal, y haré todo lo posible para que no se me escape.

Truslow abrió la boca.

—¿De veras, Lyon?

—Sí, lo digo en serio.

—¿Quién es, Lyon...?

—La chica que tuvo el extraño presentimiento de que en este lugar seguía existiendo peligro.

—Su nombre, Lyon.

—Te vas a sorprender mucho, Ronnie.

—Ya lo estoy, te lo aseguro. No esperaba oírte hablar de matrimonio hasta dentro de diez años, por lo menos.

Lyon rió.

—Tampoco yo, Ronnie, pero así es la vida. Te tropiezas de pronto con una mujer que se te mete en la sangre como si fuera un veneno, y cambias de parecer.

—¡Suelta ya el nombre de la chica, demonios! —apremió Truslow, dominado por la impaciencia.

—Ingrid Ebsen.

El rubio se quedó boquiabierto.

—Repite el nombre —murmuró.

—Ingrid Ebsen.

—La nueva doctora…!

—Si.

—¡No es posible!

—¿Por qué no?

—¡Dijiste que no la conocías, Lyon!

—Te mentí. La conocí ayer tarde, poco antes de salir hacia aquí. Luego te explicaré cómo.

—¡Explícamelo ahora!

—Te lo contaré por el camino.

—¿Camino?… ¿Es que vamos a algún sitio, Lyon?

—Sí, en busca de la gran nave extraterrestre.

CAPÍTULO IX

Ronnie Truslow se puso en pie de un salto.

—¿En busca de la gran nave extraterrestre, Lyon…? —exclamó nerviosamente.

—Si, Ronnie —respondió Lyon Kerns, incorporándose también.

—¡Eso me parece una locura, Lyon!

—¿Por qué?

—¡No tenemos armas!

—¿Ah, no…? ¿Y qué es eso que tienes en la tunda, un sonajero?

El rubio soltó un gruñido.

—¡Me refiero a armas adecuadas, maldita sea! Ya viste que las pistolas de rayos ultravioleta no nos sirvieron de nada.

—Porque nuestro amigo el gigante se mantuvo en todo momento demasiado alejado de nosotros. Si lo hubiéramos tenido más cerca…

—¡Ahora puede suceder lo mismo, Lyon!

—No, Ronnie. Esta vez, todas las ventajas están de nuestra parte. El gigante nos dio por muertos, no puede sospechar que vamos en su busca. Y contar con el factor sorpresa, es muy importante.

—Lamento no estar de acuerdo contigo, Lyon, pero en mi opinión, lo que debemos hacer es pedir ayuda al Observatorio.

—No sé cómo... Nuestra nave saltó en pedacitos, no podemos comunicarnos con el Observatorio.

—Cuando vea que tardamos más de lo debido, el profesor Walsh tratará de comunicar con nosotros.

—No podrá.

—Ya sé que no. Pero eso le hará sospechar que algo nos ha ocurrido, y mandará gente en nuestra busca.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar, Ronnie.

Truslow frunció el ceño.

—¿Que el profesor Walsh mande gente en nuestra busca...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sería como mandarlos al matadero. ¿Es que no te das cuenta, Ronnie? La gran nave extraterrestre tomó tierra cerca de aquí. Igual que detectó la aproximación de nuestra nave, detectará las de los hombres que vengan en nuestra busca. ¿Y qué crees que hará?

—Alejarse, tal vez, para no ser descubierta...

—No, Ronnie. La nave extraterrestre no huirá. Destruirá nuestras naves. Ahora ya sabe que su poder bélico es superior al nuestro.

Truslow guardó silencio.

Lyon indicó:

—En marcha, Ronnie.

El rubio compuso un gesto de dolor.

—Yo estoy para pocas caminatas, Lyon…

—¿Te duele algo?

—Me duele todo. Me cayeron encima docenas de piedras. Tengo el cuerpo molido.

—A mí me cayeron encima tantas piedras como a ti, y puedo caminar perfectamente.

—Porque tendrás los huesos más duros que yo.

—Los huesos, tal vez, pero la cara, seguro que no.

—¡Eh!, un momento. ¿Qué pretendes decir con eso, Lyon?

—Que puedes caminar tan bien como yo, lo que pasa es que prefieres quedarte aquí a ir en busca de la nave extraterrestre.

—¡Eso no es cierto!

—¿No?

—Bueno, lo segundo sí… —carraspeó el rubio—. Pero no lo primero. Es verdad que me duele mucho la osamenta, Lyon. Lo que daría yo por hallarme en mi cama… —suspiró lánguidamente.

—O en la de Daisy.

—Sí, mejor en la de Daisy… —sonrió soñadoramente Truslow. Al instante, sin embargo, dio un cómico respingo y exclamó—: ¿Cómo?… ¿Qué has dicho?…

Lyon rió.

—Anda, vamos —indicó, echando a andar.

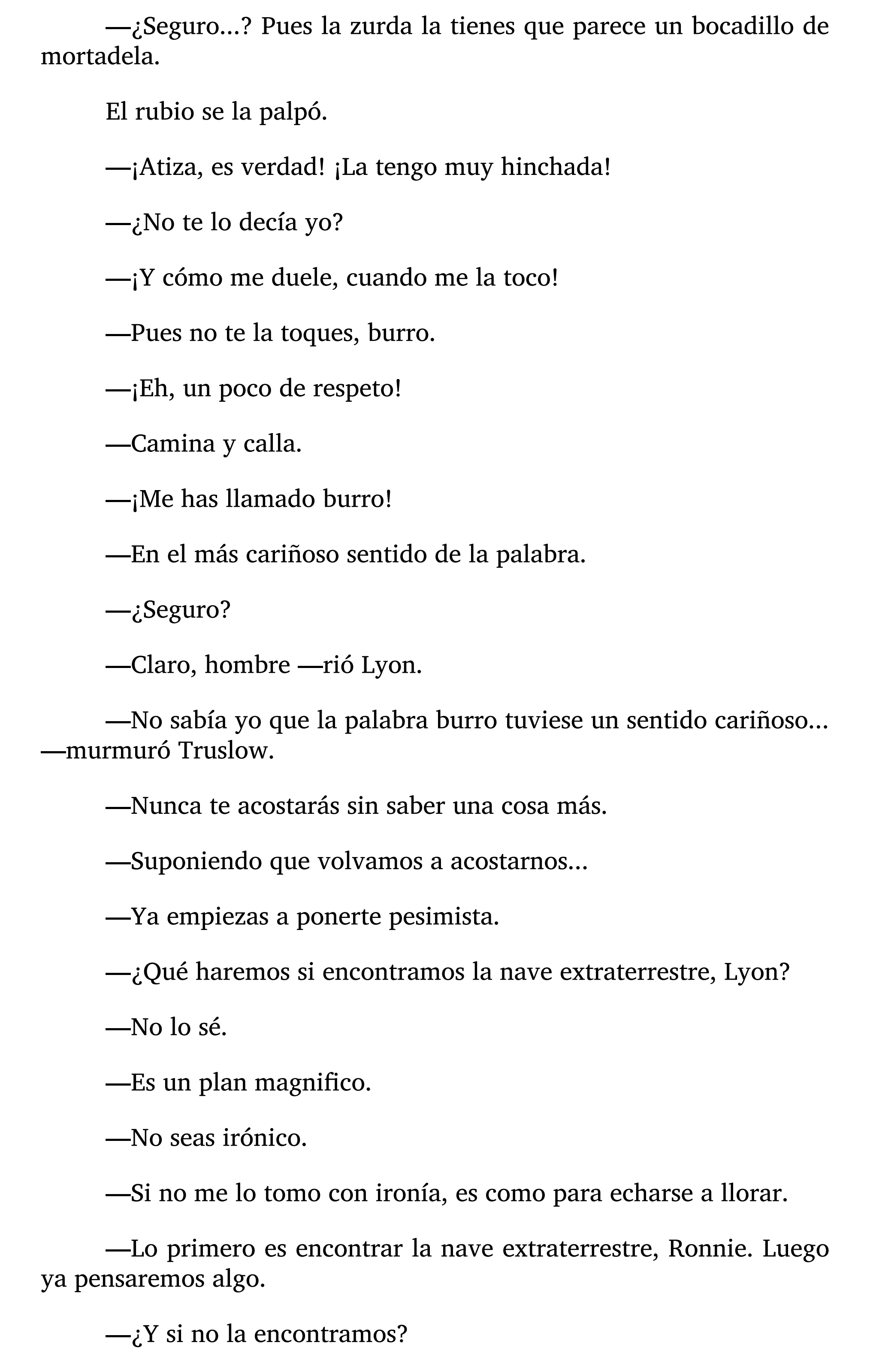
—¡Tú has dicho algo de Daisy! —gruñó Truslow, poniéndose en movimiento también.

—Yo no he nombrado a Daisy para nada —negó Lyon.

—¡No mientas, que tengo el oído muy fino!

—Eso sería antes de recibir la lluvia de piedras.

—¡En las orejas no me cayó ninguna!



—¿Seguro...? Pues la zurda la tienes que parece un bocadillo de mortadela.

El rubio se la palpó.

—¡Atiza, es verdad! ¡La tengo muy hinchada!

—¿No te lo decía yo?

—¡Y cómo me duele, cuando me la toco!

—Pues no te la toques, burro.

—¡Eh, un poco de respeto!

—Camina y calla.

—¡Me has llamado burro!

—En el más cariñoso sentido de la palabra.

—¿Seguro?

—Claro, hombre —rió Lyon.

—No sabía yo que la palabra burro tuviese un sentido cariñoso... —murmuró Truslow.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

—Suponiendo que volvamos a acostarnos...

—Ya empiezas a ponerte pesimista.

—¿Qué haremos si encontramos la nave extraterrestre, Lyon?

—No lo sé.

—Es un plan magnifico.

—No seas irónico.

—Si no me lo tomo con ironía, es como para echarse a llorar.

—Lo primero es encontrar la nave extraterrestre, Ronnie. Luego ya pensaremos algo.

—¿Y si no la encontramos?

—Ya salió otra vez el pesimista —rezongó Kerns.

—Tú sabes que eso es muy posible, Lyon. El desierto es inmenso, y ni siquiera sabemos qué dirección tomar.

—Nos guiaremos por el olfato.

—¿Es que las naves extraterrestres huelen de un modo especial...?

—Me refería al olfato instintivo, burro.

—¡Ya me has llamado burro otra vez! —barbotó Truslow, dando una rabiosa patada en el suelo.

—En el más cariñoso sentido de la palabra, no lo olvides —recordó Kerns, conteniendo a duras penas la risa.

—¡Ni sentidos cariñosos ni cuernos en vinagre! ¡Si me vuelves a llamar burro, te sacudo en los dientes, Lyon!

—Si te sientes con energías suficientes para pelear, es que no estás tan molido como dices, así que deja de caminar como si estuvieses pisando huevos y mueve las piernas con más brío.

—¡Camino como puedo!

—Puedes andar más de prisa, lo sé.

—Maldita sea la...—refunfuñó el rubio, viéndose obligado a caminar más aprisa, para no quedarse rezagado.

Dejaron atrás los gigantescos farallones.

Llevaban unos quince minutos caminando, cuando Ronnie Truslow recordó:

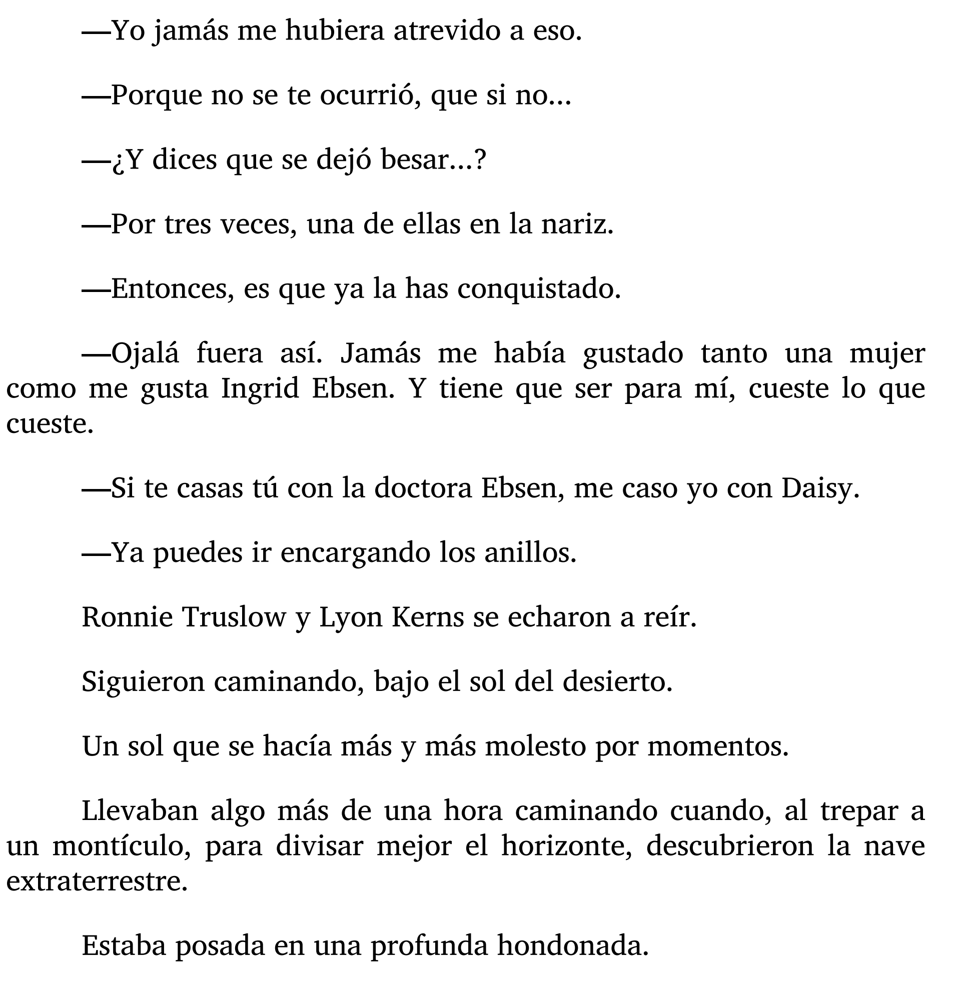
—Dijiste que me contarías por el camino cómo conociste a la doctora Ebsen, Lyon...

Kerns se lo contó.

El rubio quedó asombrado.

—¡Qué osadía la tuya, Lyon!

—¿Tú crees?—sonrió Kerns.



—Yo jamás me hubiera atrevido a eso.

—Porque no se te ocurrió, que si no…

—¿Y dices que se dejó besar…?

—Por tres veces, una de ellas en la nariz.

—Entonces, es que ya la has conquistado.

—Ojalá fuera así. Jamás me había gustado tanto una mujer como me gusta Ingrid Ebsen. Y tiene que ser para mí, cueste lo que cueste.

—Si te casas tú con la doctora Ebsen, me caso yo con Daisy.

—Ya puedes ir encargando los anillos.

Ronnie Truslow y Lyon Kerns se echaron a reír.

Siguieron caminando, bajo el sol del desierto.

Un sol que se hacía más y más molesto por momentos.

Llevaban algo más de una hora caminando cuando, al trepar a un montículo, para divisar mejor el horizonte, descubrieron la nave extraterrestre.

Estaba posada en una profunda hondonada.

Era circular.

De metal muy brillante.

Enorme.

CAPÍTULO X

Lyon Kerns propinó un empujón a Ronnie Truslow, al tiempo que exclamaba:

—¡Al suelo, Ronnie!

Quedaron los dos pegados a la tierra, en lo alto del montículo.

Observaron de nuevo la nave extraterrestre.

—¿No te dije que la encontraríamos, Ronnie?

—¡Es una nave gigantesca, Lyon!

—Nuestro amigo el gigante sólo puede viajar en una nave de grandes proporciones, dada su talla y su corpulencia.

—¿Sigues pensando que viaja solo en ella?

—No lo sé. Pero creo que tú tenías razón cuando dijiste que lo lógico hubiera sido que viniesen por lo menos dos de ellos a destruir nuestra nave y acabar con nosotros.

—Bien, ya hemos encontrado la nave extraterrestre... ¿Qué hacemos ahora, Lyon? —preguntó el rubio.

—Déjame pensar, Ronnie.

—Piensa, piensa... Pero hazlo rápido, porque el sol calienta lo suyo, y si nos quedamos mucho tiempo quietos aquí arriba, nos vamos a achicharrar.

—Tú también tienes cerebro, ¿no?

—Hombre, se supone.

—Pues hazlo trabajar, en vez de recordarme que el sol calienta, cosa que no hacía falta, pues yo lo siento igual que tú.

Los dos amigos guardaron silencio por espacio de unos minutos.

Fue Lyon quien lo rompió, diciendo:

—Hemos de acercarnos a la nave, Ronnie.

—Es curioso, yo iba a proponerte todo lo contrario —repuso Truslow.

—No es momento para bromas, Ronnie.

—¿Quién bromea?

—Tenemos que destruir esa nave.

—Cuando digas, empezamos a tirarle piedras.

Lyon miró severamente a su compañero.

—Suelta otro chiste y te aplasto las narices de un puñetazo.

—Lo siento, Lyon, pero es que dices cada cosa...

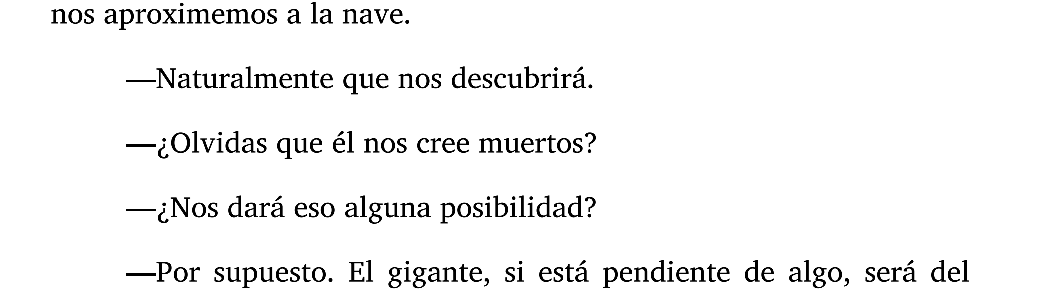
—¿Te parece que he dicho alguna tontería?

—Hombre, eso de que tenemos que destruir la nave extraterrestre...

—No es imposible, Ronnie.

—A mí me parece que sí, Lyon. Si dispusiéramos de un cañón de rayos láser, sería otra cosa, pero como sólo tenemos un par de pistolas de rayos ultravioleta...

—Suficiente, para acabar con el gigante, si nos descubre cuando



nos aproximemos a la nave.

—Naturalmente que nos descubrirá.

—¿Olvidas que él nos cree muertos?

—¿Nos dará eso alguna posibilidad?

—Por supuesto. El gigante, si está pendiente de algo, será del radar de su nave, por si viene alguna nave en nuestra busca.

—Esperemos que así sea, Lyon —murmuró Truslow poco convencido.

—Bien, no perdamos más tiempo. Arrancaremos unos arbustos y los pondremos delante de nosotros. Será un camuflaje perfecto, si sabemos arrastrarnos hacia la nave con la necesaria lentitud.

—Ese truco lo utilizaban a veces los pieles rojas, ¿no?

—En efecto.

—Creo que será divertido.

—Anda, vamos.

—¡Lyon!—exclamó de pronto Truslow.

Kerns, que ya había empezado a descender del montículo, regresó rápidamente a su posición anterior y observó la nave extraterrestre.

Una rampa estaba surgiendo de su base.

Suave y silenciosamente.

Cuando la rampa tocó el suelo, se abrió una puerta de guillotina.

El coloso del espacio apareció.

Empuñando su enorme fusil.

La cabeza cubierta con el reluciente y complicado casco.

El sofisticado propulsor individual, acopiado a la espalda.

Ronnie Truslow se llenó de pánico.

—¡El coloso nos ha descubierto, Lyon! —gimió.

—No lo creo, Ronnie —repuso serenamente Kerns.

—¿Eh…?

—Sale de su nave porque se dirige a algún sitio. Y yo creo saber adónde se dirige.

—¿A los farallones?

—Sí.

—¿A qué?

—Eso ya no lo sé. Tal vez el profesor Walsh haya tratado ya de comunicarse con nosotros, y al ver que no es posible, haya mandado gente en nuestra busca.

—Y el gigante quiere destruirlos…

—Me temo que sí.

—Si pudiéramos advertirles del peligro que corren…

—No podemos, Ronnie. Y tampoco podemos detener al gigante. A menos que…

—¿Sí, Lyon…?

—Si pasara cerca de nosotros, podríamos utilizar nuestras pistolas contra él.

—Mira, ya ha descendido la rampa.

—Pronto emprenderá el vuelo.

—Si no nos escondemos, nos descubrirá.

Lyon miró a su alrededor.

—Nos ocultaremos entre esas rocas, Ronnie —indico—. ¡Vamos, de prisa!

Descendieron los dos velozmente del montículo y se escondieron entre las rocas que había señalado Lyon.

—Saca tu arma, Ronnie. Y si yo te digo que dispares, aprieta el

gatillo.

—Entendido,

Con las pistolas de rayos ultravioleta firmemente empuñadas, aguardaron a que el coloso del espacio surcase el aire impulsado por su propulsor.

Esto no tardó en suceder.

Desgraciadamente para ellos, el gigante volaba a gran altura.

—Maldito... —masculló Lyon.

—Sería inútil dispararle, ¿verdad? —dijo Ronnie.

—Sí, no lograríamos nada. Sólo delatar nuestra presencia, y eso sería fatal para nosotros. El gigante nos pulverizaría con su poderoso fusil. Y, muertos, no podríamos hacer nada por la gente que el profesor Walsh ha mandado en nuestra busca.

—¿Y vivos...?

—Vivos tal vez podamos hacer algo, Ronnie. ¡Corramos hacia la nave extraterrestre!

—¿Hacia la nave...? —respingó el rubio.

—¡Quizá podamos utilizar los sistemas de comunicación de la nave y advertir a nuestros compañeros de lo que se les viene encima! ¡Vamos, corre!

Abandonaron los dos su escondite y echaron a correr velozmente hacia la nave extraterrestre.

—¿Y si hay alguien más en la nave, Lyon...?

—¡El gigante viaja solo, ahora estoy seguro!

—¡Dios te oiga, porque sí no...!

—¡Calla y dale a las piernas!

—¡Soy una flecha! ¿Es que no lo ves?

En efecto, Ronnie Truslow parecía una flecha.

También Lyon Kerns.

Ambos se aproximaban a la gran nave extraterrestre como dos auténticos cohetes, la pistola de rayos ultravioleta en la diestra.

La rampa continuaba bajada.

Y, lo que aún era más importante: la puerta de guillotina seguía abierta.

Lyon y Ronnie alcanzaron la rampa.

Se detuvieron, jadeantes y sudorosos.

Cambiaron una mirada.

—Adentro, Ronnie —indicó Lyon, y él fue el primero en ascender la rampa.

Truslow le siguió.

Cruzaron la enorme puerta.

Lo primero que vieron fue un corredor en forma de caracol, cuyas paredes parecían de cristal translúcido y emitían una extraña luz, suave y amarillenta.

Lyon y Ronnie se adentraron por él cautelosamente.

Al salir del corredor, se encontraron en una gran sala hexagonal, repleta de paneles multicolores y rarísimos aparatos.

Tras dar una ojeada a todo, Lyon señaló uno de los aparatos, cuya pantalla, circular, permanecía apagada.

—Tal vez sea eso lo que buscamos, Ronnie.

—¿Tú crees?

—Veré si puedo encender esa pantalla.

Se acercaron los dos al aparato, bajo cuya oscurecida pantalla había varias teclas de distintos colores.

Lyon pulsó una de ellas, la primera de la derecha.

La pantalla se iluminó en el acto.

Una imagen apareció en ella.

Lyon y Ronnie sintieron que se les erizaba la piel.

¡Lo que veían en la pantalla era el montículo desde el cual ellos habían descubierto la nave extraterrestre!

Lyon y Ronnie se miraron.

—Lyon... —musitó Truslow—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Me temo que sí, Ronnie.

—Tenía yo razón, ¿verdad?

—Sí. El gigante descubrió nuestra presencia en el montículo. Nos vio por esta pantalla. Eso fue lo que le impulsó a salir de su nave.

—¿Y por qué no nos atacó...?

—Adivinó que nosotros vendríamos a la nave, si nos hacía creer que él se hallaba lejos de ella.

—¿Quieres decir que deseaba atraparnos vivos...?

—Todo parece indicar que sí, Ronnie. Quizá quiera saber cómo es que seguimos con vida.

—O cosas peores, Lyon...

—Todavía no nos tiene, Ronnie.

—Pero casi. Estamos en su nave, y te apuesto lo que quieras a que no podemos salir de ella.

—¿Va otra botella de vodka?

—Ya está apostada —aceptó el rubio.

—Sígueme, Ronnie —indicó Lyon, echando a andar.

Truslow fue tras él.

Se adentraron de nuevo en el corredor que tenía forma de caracol.

El corredor se convirtió en una especie de ratonera para ellos.

Súbitamente, la suave luminosidad de su paredes se tornó potente y cegadora, hasta el punto de que Lyon y Ronnie se vieron obligados a cubrirse los ojos con las manos.

Pese a ello, empezaron a sentir un agudo dolor en los ojos.

—¡Lyon! ¡Vamos a quedarnos ciegos! —chilló Truslow, tambaleándose.

—¡No te pares, Ronnie! ¡Sigue adelante!—rugió Lyon, avanzando prácticamente a ciegas y con paso vacilante. al igual que su compañero.

Repentinamente, el suelo del corredor pareció electrificarse y la extraña corriente penetró en los cuerpos de Lyon y Ronnie, estremeciéndolos violentamente.

—¡Lyon...! —chilló el rubio, dejándose caer al suelo, donde se retorció de dolor.

Lyon tampoco pudo mantenerse en pie, pues la corriente eléctrica parecía morderle con afilados dientes cada hueso y cada músculo, obligándole a gritar de dolor.

Durante unos quince segundos, los dos amigos se agitaron espasmódicamente en el suelo del corredor.

Luego, el dolor producido por aquella extraña corriente pudo más que ellos y ambos se desvanecieron.

El suelo del corredor dejo de producir corriente eléctrica y la cegadora luz de sus paredes perdió intensidad, hasta alcanzar la suavidad de antes.

Entonces, un tercer personaje apareció en el corredor.

El coloso del espacio.

CAPÍTULO XI

Cuando Lyon Kerns y Ronnie Truslow volvieron en sí, se encontraron tirados en el suelo de la gran sala hexagonal, la de los paneles multicolores y los rarísimos aparatos.

Ambos se sorprendieron de no verse atados de píes y manos.

En realidad, no era necesario.

El coloso del espacio estaba allí delante de ellos, con sus cinco metros de estatura y su no menos impresionante corpulencia.

A su lado, ellos eran simples marionetas.

Si intentaban algo contra él, o simplemente huir, al gigantesco ser de otro mundo le bastaría darles un puntapié a cada uno para dejarlos de nuevo sin sentido durante un buen rato.

Así parecieron comprenderlo los dos, pues ni intentaron nada contra el gigante ni intentaron huir. Ni siquiera se levantaron del suelo.

Se limitaron a observar al coloso.

Este se había despojado del propulsor y ya no empuñaba el

enorme y poderoso fusil.

No llevaba arma alguna.

No las necesitaba, pues tampoco Lyon y Ronnie las llevaban.

El les había arrebatado y ocultado las pistolas de rayos ultravioleta.

Evidentemente, el coloso del espacio confiaba en su fuerza, y no temía nada de la pareja de varones terrestres que había apresado

—Atención, terrícolas.

Lyon y Ronnie agrandaron los ojos.

Sí.

Era el gigante quien hablaba, pero no con sus cuerdas vocales, sino con su cerebro.

De ahí la sorpresa de Lyon y Ronnie.

Las palabras del gigante sonaban en sus mentes, receptoras de las ondas cerebrales que emitía el ser de otro mundo.

Este continuó:

—Os hablo telepáticamente porque es el único medio de entendernos. Yo no entiendo vuestra lengua, ni vosotros entenderíais la mía. Para responder a mis preguntas, os bastará con pensar lo que queréis decir. Si lo hacéis con la necesaria concentración, mi mente recibirá vuestras ondas cerebrales. ¿Lo habéis entendido, terrícolas?

—Sí —respondió Lyon, sin mover los labios, sólo pensando lo que quería decir.

—Sí—respondió Ronnie, por el mismo sistema.

—Perfecto —dijo el gigante—. ¿Cómo lograsteis sobrevivir a mi ataque?

Fue Lyon quien respondió.

El coloso sonrió.

—Muy astutos, al dejar vuestros cascos asomando por detrás de

las rocas y emprender la huida… Pero cometisteis una tontería al venir en busca de mi nave. No estáis capacitados para hacerme frente. Yo soy mucho más grande que vosotros, y mis armas son más poderosas. La tecnología de mi mundo es mucho más avanzada que la del vuestro. Así, a mí me resulta sencillo detectar el acercamiento de vuestras naves cuando aún están muy lejanas, y puedo evitar que las vuestras detecten la mía. También fue sencillo detectar vuestra aproximación a mi nave. Este aparato —señaló el de la pantalla circular que pusiera en funcionamiento Lyon —, emite un suave zumbido cuando algún ser vivo, sea persona o animal, se acerca a la nave, y capta su imagen, reproduciéndola en la pantalla. Os estuve observando a través de ella todo el tiempo que permanecisteis en el montículo. Pude haberos destruido fácilmente, incluso sin salir de la nave, pero me dije que sería divertido cazaros vivos, y os preparé una trampa, en la que caísteis ingenuamente. ¿No encontrasteis extraño que yo abandonara mi nave, dejando la puerta abierta y la rampa bajada…?

Lyon y Ronnie se miraron.

Sí.

Ahora se daban cuenta de que aquello tenía que haberles parecido sospechoso.

El gigante, además, no necesitaba bajar la rampa para salir de su nave, llevando puesto el propulsor individual.

En fin, ya era tarde para lamentaciones.

Habían caído en la trampa, ingenuamente, como había dicho el gigante, y ahora estaban en su poder.

¿Lograrían escapar de él…?

Lyon no veía la manera, desde luego.

Sin embargo, no perdía totalmente las esperanzas.

El gigante podía tener un descuido, una distracción, y…

Con el fin de ganar tiempo, Lyon, mentalmente, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Wegón —respondió el coloso.

—¿Cuál es tu mundo?

—Gumma-Woo, un planeta muy lejano, perteneciente a otra galaxia.

—¿Viajas solo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy un fugitivo.

—¿Un fugitivo...?

—Sí, Maté a tres hombres, y me vi obligado a apoderarme de una nave y huir lo más lejos posible. De eso hace ya algunos años terrestres. Desde entonces, vago por el espacio, con la esperanza, cada vez más remota, de encontrar algún planeta habitado por seres como yo. Hasta ahora, todos los planetas habitados que he hallado, lo estaban por seres diferentes, mucho más pequeños. Eso me encorajina, pues mi vida en un planeta habitado por seres de vuestro tamaño sería incómoda y desesperante. Todos me mirarían como a un monstruo, debido a mi tamaño. Y yo no soy un monstruo, soy un hombre normal, absolutamente norma!. Al menos, en Gumma-Woo, donde todos somos así.

—Puede que tú no seas un monstruo, Wegón, pero debes admitir que te comportas como tal.

—¿Lo dices porque desintegré a vuestros compañeros, con la pequeña nave pilotada con mando a distancia por mí, y que posé entre los farallones?

—Sí.

—Pues no me arrepiento de haberlo hecho. Soy un ser violento y me gusta la lucha. Además, estoy harto ya de encontrar planetas habitados por seres enanos, os he tomado odio a todos los que sólo me llegáis hasta un poco más arriba de la rodilla, especialmente, porque vuestras mujeres no me sirven para nada. Un varón necesita una hembra de vez en cuando, y yo hace años que no me divierto con ninguna. Desde que huí de Gumma-Woo, no he vuelto a tocar una mujer. Es demasiado, terrícolas. Si no encuentro pronto un planeta habitado por seres de tamaño similar al mío, voy a volverme loco.

—Yo creo que ya lo estás, Wegón —se atrevió a decir Lyon.

El coloso del espacio le miró ferozmente.

—¿Quieres que te aplaste como si fueras un gusano, terrícola? —amenazó, elevando uno de sus enormes pies.

—¡No lo enfurezcas, Lyon! —aconsejó Ronnie Truslow, cogiendo del brazo a su compañero.

—Tranquilo, Ronnie.

—¡Que el gigante no amenaza en broma!

—Ya sé que no. Pero no nos ha permitido entrar en su nave para acabar con nosotros tan rápidamente. Quiere presumir de su fuerza y de su poderío delante de nosotros, demostrarnos su superioridad.

—Aplastarte a ti de un pisotón, no sería mala demostración...

—No lo hará, no te preocupes.

—¡Basta ya de charla! —ordenó el coloso, mentalmente, como siempre.

Lyon y Ronnie se callaron.

El gigante miró duramente al primero.

—No me ha gustado lo que has dicho, terrícola.

—Le pondremos un lacito —repuso Lyon, irónico.

—¿Qué? —el coloso arrugó su verdosa cara.

—Dijiste que te gusta la lucha, ¿no, Wegón?

—Así es.

—Mi compañero y yo estamos dispuestos a pelear contigo.

El gigante rompió a reír.

Tenía una risa bronca y potente, capaz de asustar al más pintado.

Truslow, cuya mente sólo recibía las ondas telepáticas que emitía el poderoso cerebro de Wegón, y desconocía por tanto lo que a

éste le decía Kerns, preguntó a su compañero:

—¿Le has contado algún chiste, Lyon?

—No.

—¿Y por qué se ríe tan a gusto?

—Le he retado a una pelea.

Truslow respingó.

—¿Pelear tú contra ese gigantón…?

—Los dos contra él.

El rubio volvió a respingar, con más violencia que antes.

—¡Nos matará de un solo golpe, Lyon!

—Puede hacerlo, lo sé. Pero no lo hará. Querrá divertirse a nuestra costa, y si nos parte el espinazo al primer golpe, no tendrá diversión. Ahí radican nuestras posibilidades de victoria, Ronnie. Mientras él juega con nosotros, como el gato con el ratón, nosotros podemos, con un poco de fortuna, lastimarle seriamente y echar a correr.

—¡No seas ingenuo, Lyon! ¿Con qué vamos a lastimarle? Si le atizamos un patadón a la espinilla, nos dislocaremos el tobillo y él se quedará tan fresco. Y si es con los puños, ya me dirás… Lo más arriba que podemos golpearle, es en los muslos, Y no creo que ahí le hagamos mucho daño, la verdad. Son como troncos de árboles milenarios…

—Tenemos que lograr que pierda el equilibrio.

—¡Eso, y que nos caiga encima!

—Hombre, también sería desgracia..

—¿Cómo se te ocurrió retarlo, Lyon?

—Es la única posibilidad de salir de aquí, Ronnie.

—Pero no por nuestro pie.

—Tú siempre tan optimista.

Truslow iba a replicar, pero se calló, porque el coloso del espacio había dejado de reír y ya les estaba enviando nuevas ondas telepáticas,

—¿De veras estáis dispuestos a pelear conmigo, terrícolas…?

—Sí —respondió Lyon, con su cerebro.

—No tenéis la menor posibilidad de vencerme, aunque me ataquéis los dos a la vez.

—Eso aún está por ver. ¿Aceptas el reto, Wegón?

—¡Por supuesto, terrícolas!—asintió el coloso del espacio, y dejó oír nuevamente su risa de reactor atómico en funcionamiento.

CAPÍTULO XII

—Vamos por él, Ronnie —dijo Lyon Kerns, irguiéndose.

—Ve tú primero, Lyon, y si no puedes con él, me llamas —repuso Ronnie Truslow.

—Déjate de bromas y ponte en pie.

—¿Cómo adivinaste que era una broma? —preguntó irónicamente el rubio, levantándose del suelo.

—Presta atención. Ronnie. Yo le atacaré por la derecha y tú por la izquierda.

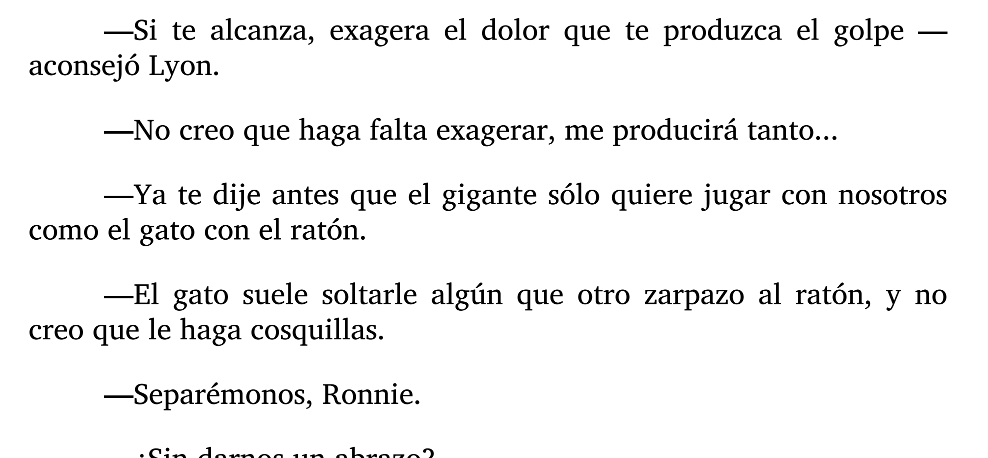
—¿Y quién le atacará por arriba?

—Eso es otro chiste.

—Admito que lo parece, pero no lo dije con esa intención.

—Wegón nos atacará con las piernas.

—Y qué piernas... —murmuró Truslow, fijándose en las colosales extremidades inferiores del gigante.



—Si te alcanza, exagera el dolor que te produzca el golpe —aconsejó Lyon.

—No creo que haga falta exagerar, me producirá tanto...

—Ya te dije antes que el gigante sólo quiere jugar con nosotros como el gato con el ratón.

—El gato suele soltarle algún que otro zarpazo al ratón, y no creo que le haga cosquillas.

—Separémonos, Ronnie.

—¿Sin darnos un abrazo?

—¿Por qué hemos de darnos un abrazo?

—Por si no nos volvemos a ver...

—Nos veremos, Ronnie.

—¿En este mundo o en el otro?

—Basta ya de tonterías. Si nos acompaña la suerte, escaparemos de las garras de Wegón.

—Necesitaríamos algo así como cien toneladas de suerte.

—Tu optimismo es contagioso, Ronnie.

—¿No será que tengo la gripe?

—Otro chiste más, y el gigante tendrá que enfrentarse sólo conmigo —amenazó. Kerns, levantando el puño,

—¿Crees que notaría la diferencia, Lyon?

A Kerns le entraron ganas de sacudirle de verdad al rubio, pero en aquel preciso instante Wegón les habló telepáticamente:

—¿Qué ocurre, terrícolas? ¿No os atrevéis a atacarme...?

—A por él, Ronnie —masculló Lyon, y se separó de su compañero.

Truslow estuvo tentado de reunirse con Kerns, pero finalmente hizo lo que éste le había pedido: separarse de él para atacar por el

flanco izquierdo al coloso del espacio.

Wegón se mantuvo quieto, los brazos caídos a lo largo de los costados, sonriente.

Lyon fue el primero en atacarle.

Como éste había sospechado, el gigante disparó la pierna.

Por fortuna, no con excesiva violencia, aunque suficiente, no obstante, para hacer rodar por el suelo a Lyon, caso de haberle alcanzado con ella.

No fue así.

Lyon dio un prodigioso salto hacia su derecha y la terrorífica pierna del coloso sólo golpeó el vacío.

En seguida se vio que a Wegón no le gustó fallar su primer golpe.

Su gesto fue de lo más expresivo.

Y su reacción.

Lanzó la otra pierna un par de segundos después.

Hacia el cuerpo de Ronnie.

El rubio no anduvo tan ágil de reflejos como Lyon, y no pudo esquivar, totalmente, al menos, el miembro inferior del gigante.

Truslow lanzó un grito y rodó por el suelo.

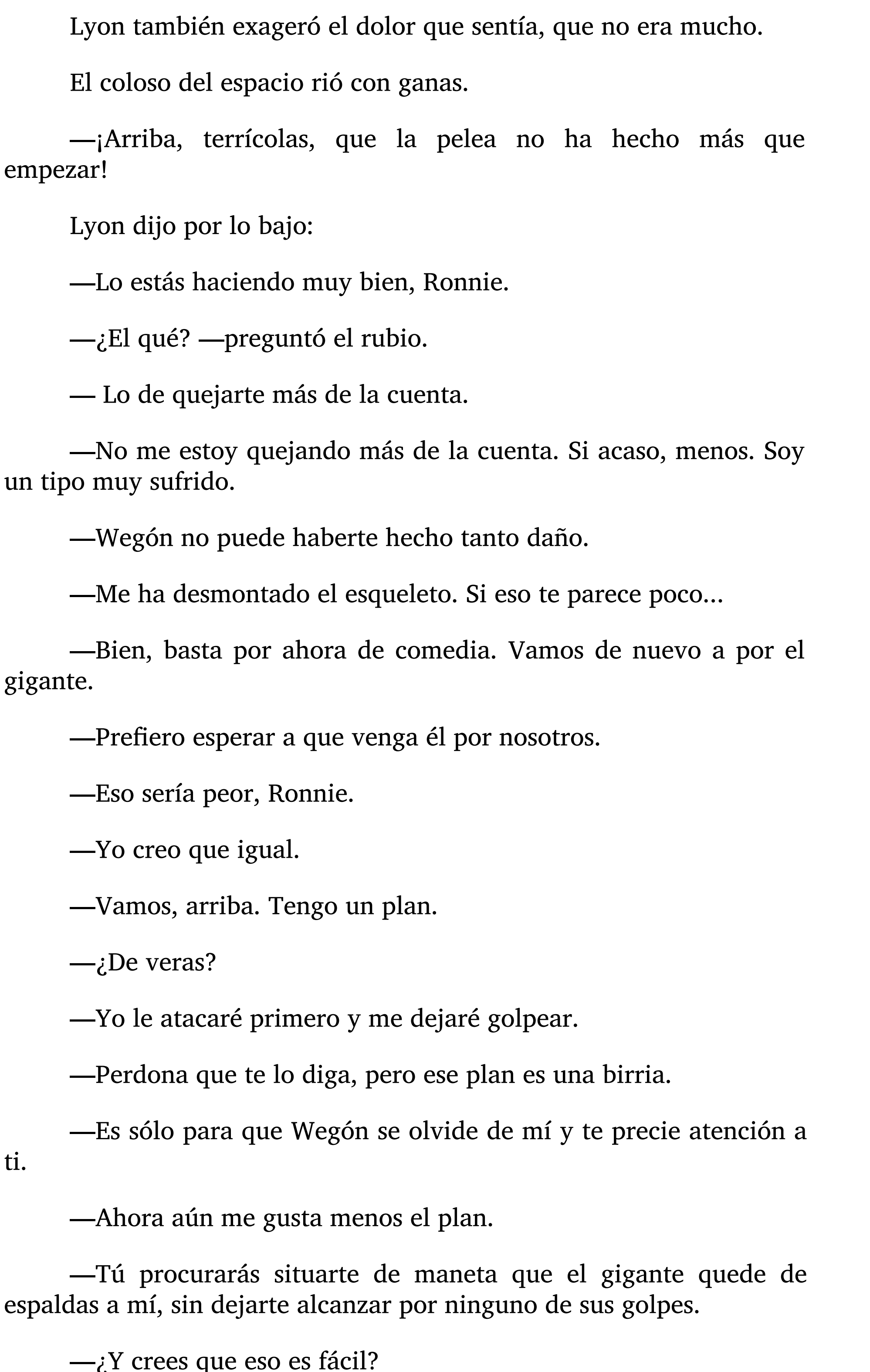
Como Lyon le había dicho que exagerara el dolor de los golpes, empezó a quejarse lastimosamente, como si tuviera varias costillas rotas.

Wegón atacó a Lyon.

Siempre con las piernas.

Lyon burló un par de puntapiés, pero no pudo evitar que el tercero le alcanzara, y también él rodó por el suelo de la gran sala hexagonal.

Casualmente, fue a parar cerca de Ronnie.



Lyon también exageró el dolor que sentía, que no era mucho.

El coloso del espacio rió con ganas.

—¡Arriba, terrícolas, que la pelea no ha hecho más que empezar!

Lyon dijo por lo bajo:

—Lo estás haciendo muy bien, Ronnie.

—¿El qué? —preguntó el rubio.

— Lo de quejarte más de la cuenta.

—No me estoy quejando más de la cuenta. Si acaso, menos. Soy un tipo muy sufrido.

—Wegón no puede haberte hecho tanto daño.

—Me ha desmontado el esqueleto. Si eso te parece poco...

—Bien, basta por ahora de comedia. Vamos de nuevo a por el gigante.

—Prefiero esperar a que venga él por nosotros.

—Eso sería peor, Ronnie.

—Yo creo que igual.

—Vamos, arriba. Tengo un plan.

—¿De veras?

—Yo le atacaré primero y me dejaré golpear.

—Perdona que te lo diga, pero ese plan es una birria.

—Es sólo para que Wegón se olvide de mí y te precie atención a ti.

—Ahora aún me gusta menos el plan.

—Tú procurarás situarte de maneta que el gigante quede de espaldas a mí, sin dejarte alcanzar por ninguno de sus golpes.

—¿Y crees que eso es fácil?

—Sé que puedes conseguirlo, Ronnie.

—¿Y qué harás tú, cuando el coloso te dé la espalda?

—Ya lo verás.

—Eso espero.

—Venga, vamos por él.

Lyon y Ronnie se distanciaron nuevamente y se acercaron al gigante.

Wegón seguía confiado y sonriente.

Lyon le atacó.

Esquivó la primera patada, pero dejó que le alcanzara con la segunda y se vino abajo aparatosamente.

Al caer, dio la impresión de que se propinaba un fuerte golpe en la cabeza y quedaba inconsciente.

Ronnie se alarmó, pues no sabía si aquello formaba parte del plan o Lyon había perdido el sentido realmente.

El gigante debió pensar que sí, que Lyon había quedado fuera de combate, pues se desentendió por completo de él y dedicó toda su atención a Ronnie.

Este tragó saliva con dificultad y se desplazó lentamente hacia su izquierda, para que Wegón diera la espalda al aparentemente desvanecido Lyon.

El coloso le atacó.

Ronnie anduvo listo esta vez y burló el golpe, dando un ágil salto.

Lyon, que sólo había fingido hallarse inconsciente, se irguió silencioso como un puma, se desabrochó el ancho cinturón plateado y, con él en la mano, se acercó sigilosamente a Wegón.

El gigante seguía pendiente de Ronnie.

Lyon llegó junto a Wegón y le clavó el pasador de la hebilla del cinturón, de unos diez centímetros de longitud, en la cara posterior

del muslo izquierdo, tirando al propio tiempo hacia abajo, para producir desgarro en la carne.

Y lo produjo.

Vaya si lo produjo

De la dolorosa herida brotó instantáneamente la sangre.

Una sangre espesa y oscura.

El bramido que lanzó el gigante estremeció la poderosa estructura de la nave, al tiempo que encogía la pierna y se llevaba la mano a la herida.

Era lo que Lyon esperaba, que Wegón se sostuviese sólo con una pierna, para lanzarse con todo el ímpetu de que fue capaz sobre ella.

El coloso perdió el equilibrio y se derrumbó estruendosamente, quedando de bruces.

Lyon se puso en pie de un salto y rugió:

—¡Ahora podemos golpearle en cualquier sitio, Ronnie!

Mientras decía esto, Lyon disparó la bota derecha hacia el costado del gigante, justo sobre el hígado.

Wegón pareció acusar el golpe, pues levantó la cara del suelo y lanzó un rugido de dolor.

Lo de que levantara la cara le vino muy bien a Ronnie para atizarle un patadón en ella.

Tuvo la suerte de alcanzarle en el ojo izquierdo.

Debió dejárselo deshecho, a juzgar por el ensordecedor alarido que brotó de la garganta del coloso y cómo se retorció éste en el suelo, con ambas manos sobre la cara, manchada ya de sangre.

—¡Bravo, Ronnie! —exclamó Lyon.

—¡Es el momento de intentar la huida! ¡Corramos, Lyon!

—¡No, Ronnie! ¡El gigante nos alcanzaría! ¡Tenemos que seguir golpeándole!

Kerns disparó la pierna derecha.

Wegón recibió el golpe sobre un riñón.

Debió ser muy doloroso, pues el gigante se llevó una mano allí, a la vez que daba un grito.

Ronnie se dijo que era el momento de atizarle un patadón en el otro ojo.

Y se lo atizó.

Tremendo.

Wegón bramó de nuevo.

Ahora, sus dos ojos estaban reventados.

Ya no podía ver.

Estaba ciego.

Esto enfureció tanto al coloso que, olvidándose del espantoso dolor, se irguió de un salto y comenzó a pegar zarpazos y patadas, con la esperanza de alcanzar a los terrestres y convertirlos en picadillo.

—¡Huyamos, Lyon, o nos hará pedazos! —gritó Truslow.

—¡No, busquemos nuestras pistolas de rayos ultravioleta, Ronnie! ¡Tenemos que acabar con el gigante! ¡Aun ciego, es demasiado peligroso!

Y tan peligroso.

Como que por dos veces estuvo a punto de atrapar a Lyon.

Este y Ronnie se veían obligados a desplazarse velozmente de un lado a otro, para no ser cazados.

Wegón, cada vez más furioso, por no poder atrapar a los terrestres, dejó de perseguirlos y caminó a tientas hacia el lugar donde había guardado su fusil y las pistolas de Lyon y Ronnie.

—¡Mira, Lyon! ¡E! coloso ha empuñado su fusil…! —chilló Truslow.

—¡Al suelo, Ronnie! —rugió Kerns.

Menos mal que se arrojaron los dos de bruces, pues el gigante, guiado por sus voces, les envió un rayo purpúreo.

El rayo pasó por encima de ellos y chocó contra uno de los extraños aparatos de la gran sala hexagonal.

El aparato estalló, provocando un aparatoso incendio, pues las llamas se extendieron rápidamente, incendiando nuevos aparatos, que iban estallando a su vez.

—¡Esto es un infierno, Lyon! —gritó Truslow.

Lyon Kerns, comprendiendo que ya no tenían tiempo de recuperar sus pistolas de rayos ultravioleta, pues la nave extraterrestre podía estallar de un momento a otro, indicó:

—¡Salgamos de aquí, Ronnie!

Se dispararon los dos hacia el corredor en forma de caracol.

Esta vez no les ocurrió nada al adentrarse en él.

Alcanzaron la puerta de la nave.

Ahora estaba cerrada.

Lyon observó la pared.

Descubrió unos resortes, pero estaban a unos tres metros del suelo.

—¡Agáchate, Ronnie! ¡Si no me monto en tu espalda, no alcanzo esos resortes! —explicó, señalándolos.

—¿Abrirán la puerta?

—¡Creo que sí!

Truslow se agachó.

Kerns saltó sobre la espalda de su compañero y alcanzó los resortes, accionando uno de ellos.

La puerta no se abrió.

Lyon accionó el otro resorte.

La puerta de guillotina comenzó a subir.

Kerns saltó al suelo.

—¡Mira, Ronnie, la rampa está descendiendo! ¡Debí ponerla en funcionamiento al accionar el primero de los resortes!

—¡Menos mal, porque hay mucha altura desde aquí al suelo, y nos hubiésemos roto algún hueso al saltar!

Lyon se volvió.

Temía ver aparecer de un momento a otro al coloso del espacio.

—¡De prisa, rampita, de prisa! —gritó Ronnie, muy nervioso.

La rampa tocó por fin el suelo.

Lyon y Ronnie bajaron por ella a toda velocidad.

Siguieron corriendo como locos, para alejarse todo lo posible de la gran nave extraterrestre, antes de que ésta estallara.

Cuando el estruendoso estallido se produjo, aún no habían conseguido salir de la profunda hondonada, por lo que la onda expansiva los tiró al suelo con violencia.

Justo en el instante en que la nave extraterrestre saltaba en mil pedazos, aparecían en el cielo cinco naves, todas de color rojo, muy brillante, relativamente pequeñas y en correcta formación.

EPILOGO

Las cinco naves terrestres se posaron nuevamente en la hondonada y sus tripulantes comenzaron a descender de ellas.

Lyon Kerns y Ronnie Truslow, sudorosos por la desenfrenada carrera y manchados de tierra, se pusieron en pie lentamente.

Miraron hacia el centro de la hondonada.

La gran nave extraterrestre había quedado prácticamente reducida a cenizas.

—Buen fin ha tenido el coloso del espacio, Ronnie... —comentó Lyon.

—El que se merecía —repuso Truslow.

Los diez hombres que habían descendido de las naves, todos ellos jóvenes y fuertes, llegaron hasta donde se encontraban Lyon y Ronnie.

—¿Comandante Kerns...? —inquirió uno de los hombres.

—Yo soy —respondió Lyon.

—¿Están ustedes heridos, comandante?

—No, sólo cansados y sucios de tierra.

—Somos los nuevos miembros de la escuadrilla Z-81.

Al tener noticia de nuestra llegada al Observatorio, el profesor Walsh trató de ponerse en contacto con usted, comandante, para informarle, per o no pudo establecer la comunicación. Alarmado, nos ordenó partir inmediatamente hacia esta zona del desierto, en busca de ustedes. Descubrimos una columna de humo y… ¿Qué fue lo que sucedió realmente?

—Os lo contaré de regreso al Observatorio, muchachos —prometió Lyon —. Vamos, Ronnie.

—Sí, estoy deseando perder de vista este lugar —rezongó el rubio.

—Y te recuerdo que me debes una botella de vodka.

—Te equivocas, no te debo ninguna. Quedamos en paz.

—¿Cómo que quedamos en paz?

—Sí, hombre. Yo gané la primera apuesta, y tú ganaste la segunda.

—¡Y la tercera!

—¿Es que hubo una tercera apuesta…?

—¡Naturalmente que la hubo! En la nave extraterrestre. Tú decías que no podríamos salir de ella, y yo te aposté una botella de vodka a que sí saldríamos. ¡Y gané!

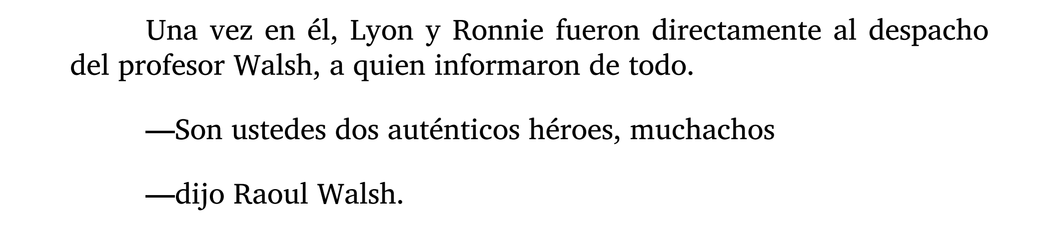
—Está bien, te debo una botella —gruñó Truslow.

—¿Hubieras preferido ganar esa tercera apuesta…?

—¡Oh, no, desde luego que no! —exclamó el rubio, estremeciéndose.

Lyon rió, siendo imitado poco después por su compañero.

Subieron a las naves y emprendieron el regreso al Observatorio de Monte Hamilton.



Una vez en él, Lyon y Ronnie fueron directamente al despacho del profesor Walsh, a quien informaron de todo.

—Son ustedes dos auténticos héroes, muchachos

—dijo Raoul Walsh.

Lyon y Ronnie se miraron, orgullosos.

Al salir del despacho del profesor Walsh, Truslow carraspeó y dijo:

—Yo me quedo aquí, Lyon. Tengo que hablar con Daisy.

Kerns miró a la joven secretaria de Raoul Walsh y sonrió.

—Entiendo, Ronnie.

—¿Adónde vas tú?

—Me duele un poco el hombro, y quiero que me lo examine la doctora Ebsen —informó, con ironía.

Ronnie Truslow sonrió y, disimuladamente, recordó:

—Ya sabes, Lyon. Si tú te casas con Ingrid Ebsen, yo me caso con Daisy Green.

—Por mí no va a quedar, te lo aseguro.

—Suerte, comandante.

Lyon Kerns abandonó la antesala del despacho del profesor Walsh y se dirigió a la enfermería.

Pulsó el timbre.

Ingrid Ebsen abría segundos después.

—¡Lyon! —exclamó, observándole de arriba abajo.

—Le dije que volvería, ¿recuerda, doctora Ebsen? —sonrió Kerns.

—¡Pero en qué estado vuelve...! ¿Ha estado cavando algún túnel?

—Se lo contaré todo si me deja entrar.

—Pase.

Lyon entró en la enfermería.

Ingrid cerró la puerta y rogó:

—Cuente, Lyon.

—Tenía usted razón, doctora. Seguía existiendo peligro en ese lugar del desierto.

Seguidamente, Lyon se lo refirió todo.

Ingrid Ebsen quedó muy impresionada.

—Qué mal lo debieron pasar usted y Ronnie, Lyon...

—No fue agradable, desde luego. Pero acabó bien, y eso es lo importante.

Ingrid sonrió con suavidad.

—Tiene razón, eso es lo importante.

—Hay otra cosa importante, doctora.

—¿El qué?

—Usted.

—¿Para quién soy importante yo? —preguntó Ingrid, coquetamente.

—Para mí —respondió Lyon, tomándola por la cintura.

—Ya se me está poniendo galante.

—No son simples galanterías, Ingrid. Siento por usted lo que no había sentido antes por ninguna otra mujer, y quiero pedirle que se case conmigo.

—¿Lo dice en serio...? —pareció dudarlo la joven y bella doctora.

—Muy en serio —asintió Lyon.

—Me cuesta creerlo, Lyon.

—¿Por qué?

—Si no recuerdo mal, usted no pensaba casarse antes de los cuarenta...

—Y seguramente hubiera sido así, de no conocerla a usted. Pero la he conocido, y ya no puedo esperar once años. Ni siquiera uno. Ni un mes tampoco. Como mucho, podré esperar una semana.

—Caramba, sí que tiene prisa —rió Ingrid.

—Mucha. ¿Usted no?

—Menos que usted, desde luego.

—Si dice eso, es que no me quiere.

— Ya le dije ayer que es difícil querer a una persona a la que apenas se conoce.

—¿Y cómo se explica que yo esté loco por usted?

—Debe ser un tipo muy enamoradizo.

—Precisamente soy todo lo contrario. Por eso estoy seguro de que es usted la mujer de mi vida, y tengo que hacerla mi esposa.

—Lo dice como si fuera a raptarme...—bromeó Ingrid.

—Sería capaz de hacerlo, no lo dude.

—Eso ya no se estila, hombre.

—¿Qué es lo que se estila ahora?

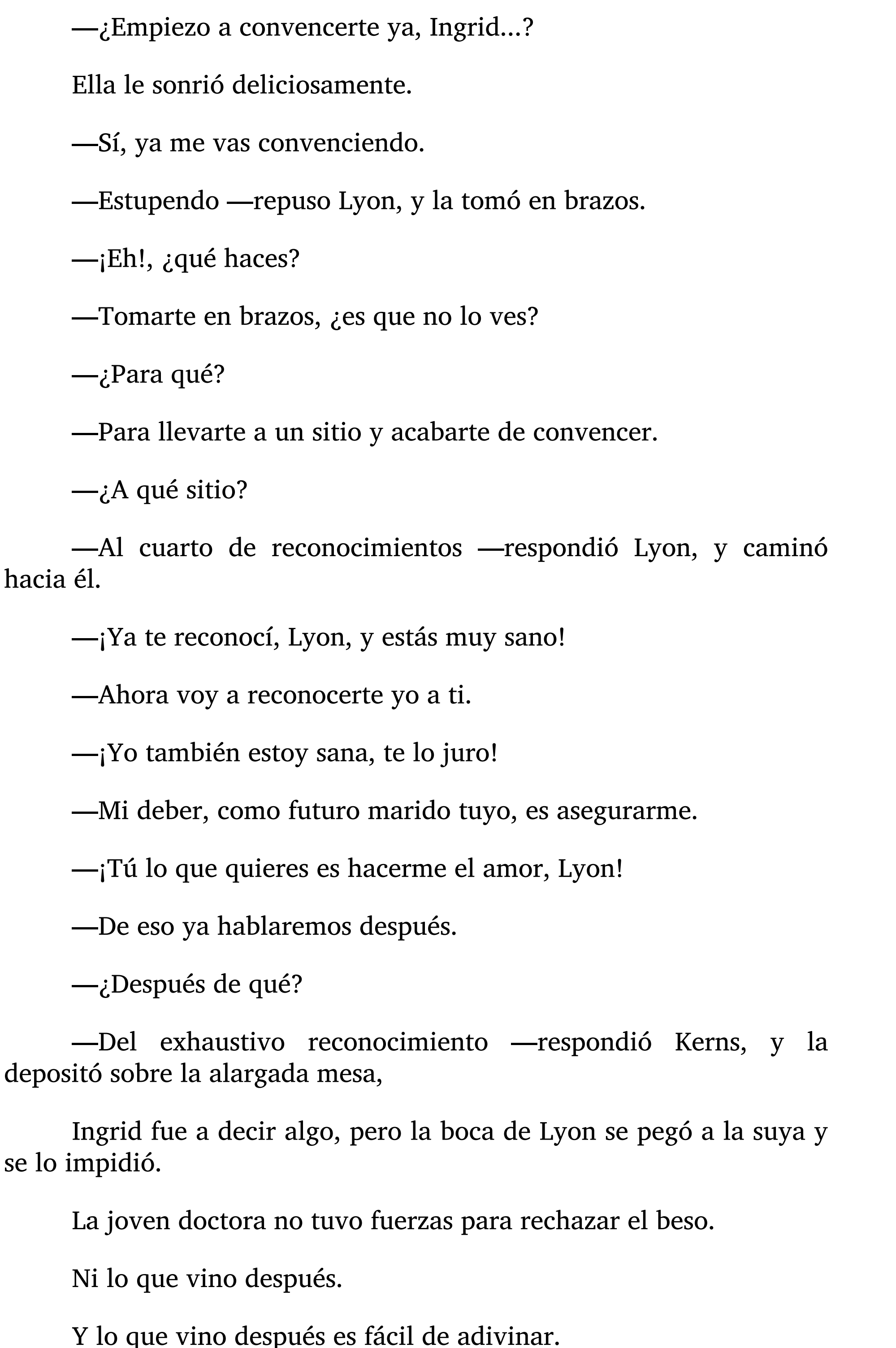
—Convencer a la mujer que se quiere a besos.

Lyon sonrió.

—Para eso yo me las pinto solo, doctora —aseguró, y la besó en los labios ardorosamente, estrujándola al mismo tiempo entre sus brazos.

Ingrid Ebsen le permitió las dos cosas.

Cuando separaron sus bocas, justo cuatro minutos y medio después, Lyon preguntó:



—¿Empiezo a convencerte ya, Ingrid...?

Ella le sonrió deliciosamente.

—Sí, ya me vas convenciendo.

—Estupendo —repuso Lyon, y la tomó en brazos.

—¡Eh!, ¿qué haces?

—Tomarte en brazos, ¿es que no lo ves?

—¿Para qué?

—Para llevarte a un sitio y acabarte de convencer.

—¿A qué sitio?

—Al cuarto de reconocimientos —respondió Lyon, y caminó hacia él.

—¡Ya te reconocí, Lyon, y estás muy sano!

—Ahora voy a reconocerte yo a ti.

—¡Yo también estoy sana, te lo juro!

—Mi deber, como futuro marido tuyo, es asegurarme.

—¡Tú lo que quieres es hacerme el amor, Lyon!

—De eso ya hablaremos después.

—¿Después de qué?

—Del exhaustivo reconocimiento —respondió Kerns, y la depositó sobre la alargada mesa,

Ingrid fue a decir algo, pero la boca de Lyon se pegó a la suya y se lo impidió.

La joven doctora no tuvo fuerzas para rechazar el beso.

Ni lo que vino después.

Y lo que vino después es fácil de adivinar.

Lyon le abrió la bata de médico y cubrió de ávidas y expertas

caricias el excepcional cuerpo de Ingrid, que se estremeció sobre la mesa, acusándolas.

Cuando lo consideró oportuno, Lyon la miró y preguntó:

—¿Convencida ya del todo, Ingrid…?

Ella le acarició la nuca y respondió:

—Absolutamente, Lyon,

—Entonces, ya podemos hablar de lo otro.

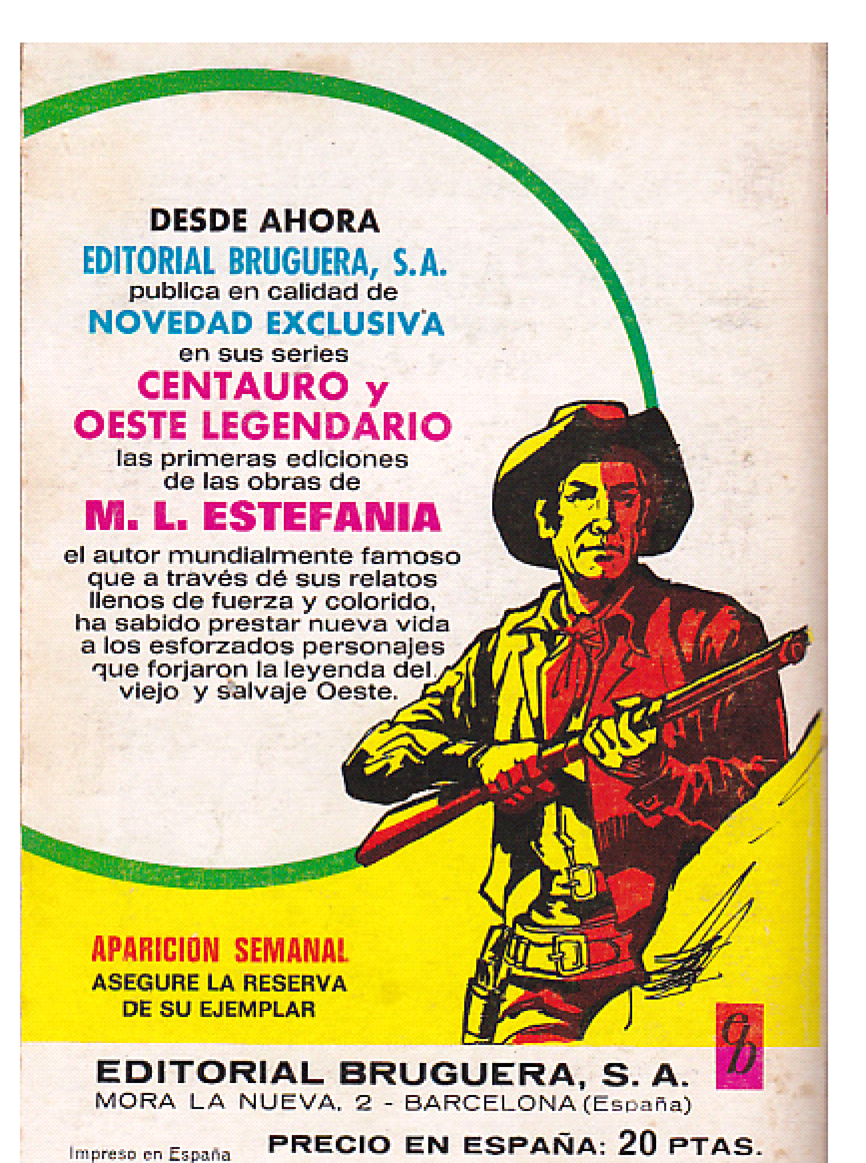
Y hablaron.

Durante más de una hora.

Tuvieron suerte de que nadie acudiera en ese tiempo a la enfermería.

Es tan molesto tener que interrumpir ese tipo de «conversación»…

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
eb
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.